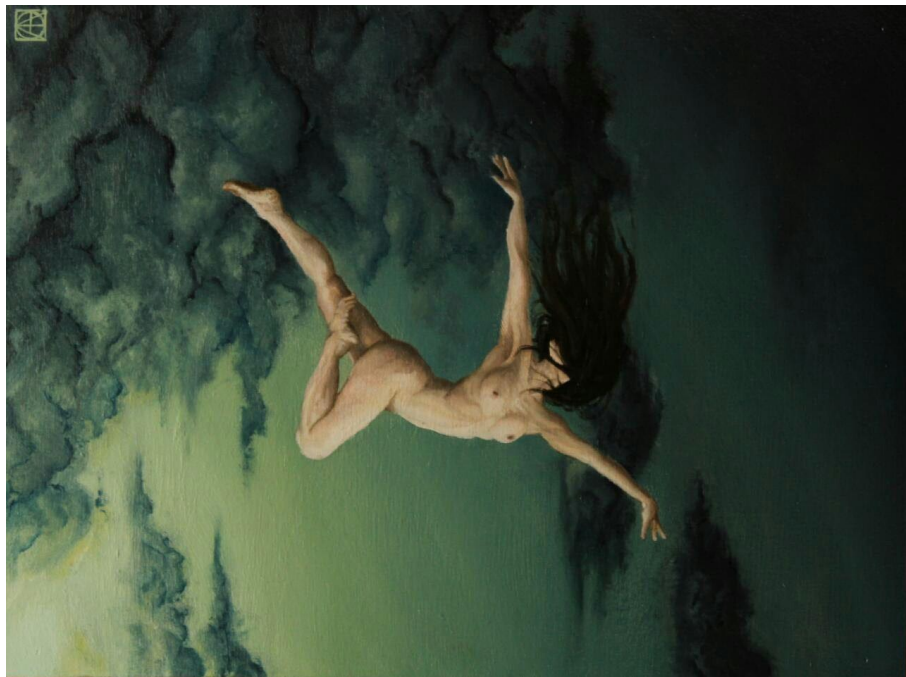


ANXIETAS ET HILARITAS

LUCAS CAMPOPIANO

Portada



Autor: Emilio Pérez Angeles
@emilioperezangeles

Contraportada:

Anxietas et Hilaritas, es una compilación de veinte cuentos no interrelacionados que pretende ahondar en lo anímico. En cada cuento se vuelca una tormenta sobre distintas sensaciones que habitan en el interior del ser. Revela las llagas del ardoroso resentimiento, emana las fecundas lágrimas de la melancolía, enardece la ignífuga candencia del resentimiento, exagera el empalagoso sabor de la monotonía y de la rutina. Procura quitar los disfraces de nuestros demonios y demiurgos por igual, mostrando la crudeza de las emociones y las sensibilidades, con el afán de cuestionar y poner en perspectiva dilucidaciones que en algunos casos llegan a tener problemáticas puntuales y en otros casos bordean el sinsentido. Haciendo de este modo notoria las entrañas que anudan el mundo material de los sentidos y el mundo inmaterial de lo suprasensorial.

Dedicatoria:

A mis padres,

A veces los padres se desgastan dando consejos, lecciones e incluso nimiedades que ellos llaman armas para este mundo. Sin embargo lo que mejor enseñan no lo pueden hacer con palabras –palabras que han escuchado de otros- sin que lo hacen con el ejemplo, porque ahí es donde verdaderamente yace el espíritu.

A mí, ustedes me han enseñado de valentía, a defender mis ideas, incluso cuando esté solo –sobre todo cuando esté solo-. Me enseñaron de sacrificio y de esfuerzo, y que nada que valga la pena es gratis. Me enseñaron de ética, cultura y ciencia. Pero lo que más agradezco haberme enseñado, es sobre lo único que realmente importa en este extraño mundo: sobre Amor.

He logrado amar con coraje, con pasión, pureza y sensibilidad. A poner el corazón como escudo y el ánimo como espada. A amar desinteresadamente solo por amar. A amar cálido como el fuego, a amar prístino como el agua, a amar sacro como la tierra, a amar libre como el viento.

Por eso amar no es cualquier cosa. Amar es una declaración de guerra en busca de lo sublime. Y yo, a ustedes dos los amo.

Semblanza:

Lucas Campopiano (Tucumán, Argentina 1993)

Por el sólo hecho de haber nacido se autoproclama inconforme y disidente. De raíces cercenadas a edad temprana fue arrojado a una polvorienta y olvidada ciudad, se forjó de semblante indiferente y pocas palabras, y habitualmente se esconde entre metáforas y un mate caliente, para evitar la extenuante labor de congeniar.

Irreverente y mordaz, está colmado de aversión por todo aquello que está desprovisto de fulgurante pasión, y con ello se ha encontrado ensimismado en cualquier medio donde pueda reproducirla –auténtica y radical– tal cual emana. Atrapado en el laberinto del símbolo y la técnica, en busca de una genuina experiencia estética. Ha intentado desarrollar sus más íntimas realidades a través de la pintura, la ilustración, la escultura, el verso y en éste particular caso lo hace mediante la prosa.

«Merses profundo; pulchrior evenit»

-Horacio

Aether

Me he despertado en un extraño momento, gritándole a la televisión, que se hallaba en el canal 3, sin embargo sólo podía ver y escuchar ruido blanco, ¡pero qué aturdidor! y este dolor de cabeza no me facilita las cosas. No he dormido en cuatro días, quizás sea el desprendimiento de mi tan añorada narcolepsia lo que me trastorna. Estoy teniendo lapsos de insomnio también, nada diagnosticado claro, es mi opinión, o más bien la del internet.

Apenas son las cuatro de la mañana y no tengo nada en mi cabeza, sólo un molesto zumbido. Miro alrededor, únicamente veo basura de hace meses: latas de cerveza, botellas vacías, cajas de pizza, papeles y botes de condimentos. La persiana americana que deja fluir un par de rayos de luz entre las ya quebradas rendijas, éstas a su paso revelan el denso aire de acá dentro. Todo tan... burdo. Me siento para reflexionar un segundo sobre donde me encuentro pero mi atención es tan breve que automáticamente enfoco mi vista en objetos convencionales y ordinarios, y les veo como si fueran genialidades, ciencia de otro mundo, pareciere un niño de cinco años mirando las vitrinas de las jugueterías, más que obvio, la felicidad es carente en la oquedad de mi ser.

Se acerca la hora de ir a trabajar, o al menos eso creo. La última vez que miré el reloj eran las siete con once minutos y debería estar saliendo por ahí de las nueve menos cuarto, qué embrollo esto de la temporalidad. Desde que mi novia me dejó, el tiempo es algo que no calculo en lo más mínimo. Pasan las horas como segundos, el segundero es bastante ruidoso y a pesar de que trato de seguirle el paso, me deja atrás en un oscuro círculo negro que sólo realza su infinita velocidad. ¿Pero quién carajos soy yo tratando de explicar la relatividad del tiempo? Quizás por eso me dejó. No, no, fue otra cosa... ¡Ah!, pero cómo olvidar el porqué. Hace unos dos veranos, ¿o tres?, no sé, no me acuerdo con exactitud pero bueno, la invité a que se mudara conmigo tras haber salido unos cinco, siete, doce, bueno dejémoslo en cinco años. Vaya... media década. Vio mi vida, se la mostré y la compartí, yo por supuesto contento con todo, bueno, tampoco fui una persona muy exigente, más bien diría un tanto conformista. Pero aparentemente no soy lo suficientemente capaz o ambicioso, si no mal recuerdo, esas fueron sus palabras. Estoy seguro que se refería a mi trabajo. No es que mi trabajo me deje pocos ingresos, digo, no necesito mucho y nunca lo he necesitado, pero supongo que presentar a su novio de treinta y dos años como empleado de mostrador de una hamburguesería

local a sus amigas esnobs no le provocaba mucho orgullo, allá ella. Sí, sí fue especial, pero fue.

Cómo me entristece cada vez que pienso en ella. Debió ser para mejor. ¿Por qué no lo discutimos?, ¡Bah!, si no se habla, no se arregla nada.

Ahora que lo asocio, me parece que es por ella, todo este trastorno de sueño que no me deja en paz.

Creo que me daré una ducha, no recuerdo haberme dado una hace un par de días y el acumulo de suciedad en este lugar ya es bastante como para empezar a oxidarme al igual que los clavos viejos de la mesada, con su color cobrizo y obscurecido, mostrando tan solo la estructura de lo que alguna vez fue y de lo que podría haber sido, con su torcido centro, aparentemente alguien no fue muy cuidadoso al armar este mueble.

Espejo, qué fiel eres, supongo que eres mi mejor amigo, te miro y no me mientes, por más que trato de engañarme, tú, siendo tan especial, no me lo permites, sé que estoy hecho un desastre, ¡pero mira qué barba! ¿un par de días sin higiene? debo estar loco, más como una semana, el amarillento sarro que se apila en mis dientes y ese extraño sabor en la boca con cada lengüetazo al paladar solo reafirma cuan sucio estoy, y sinceramente, no tengo muchas ganas de higienizarme, probablemente una ducha baste.

Es increíble, tiro pequeños trozos de frituras mientras me saco la ropa. Qué falaz que soy.

Amo ducharme con este frío clima, observar cómo se empañan los vidrios, sentir cómo corre el agua caliente, pegando en la nuca y recorriendo la espalda, claro después de haber, aparentemente dormido en un sillón, es sencillamente fantástico. Aunque detesto perder la noción del tiempo acá dentro, el ver cómo se desprenden las tan perfectamente imperfectas gotas de mi antebrazo que reposa contra la pared, trato de encontrarles un patrón, una serie, trato de unir los puntos entre ellas, me hipnotizan con su translucidez.

Cuántas cosas pasan por mi cabeza, me pregunto qué no pasa por acá, así podría pensar en ello también. Ya deben ser las nueve ¡carajo!

Este estúpido disfraz de monigote ya me tiene hartó. Una de las tantas fallas de este trabajo. En serio, ¿Quién puede diseñar un atuendo tan putamente incómodo? ¿Quién dictó que todos deben vestir de colores idénticos para distinguir a ese pozo infernal de los otros lugares de mierda? Idénticos todos, con sus empleados de mierda, sus clientes de mierda, sus comidas de mierda. ¡Pero que corbatín ridículo! ¿Para qué nos hacen ponernos accesorios? El dueño

deber ser un marica de aquellos. Bueno, basta de berrinches. Son las ocho cuarenta y nueve, se me hace tarde, me voy a preparar algo para comer.

¡Oh là là!, no entiendo cómo es que no soy cocinero, estos huevos parecen traídos del mismísimo cielo. Si es que existiese tal cuento...

La gran puta... El primer bocado, qué sabor tan asqueroso, como un pedazo de cartón sopado en el inodoro. Sólo me como estos huevos porque no hay nada más.

Son las nueve y siete, el autobús apenas se digna a pararse. Claro, que los dos primeros me pasaron de largo y he tenido suerte de no ser empapado con algún charco. Fue una excelente idea dejar de tomarlos, cuando me subo me mareo y me dan náuseas, me enferman, suelo caminar al trabajo, pero hoy no. No hay tiempo.

Después de agarrarme del poste a un costado de la salida me han dado ganas de un cigarrillo, a lo mejor esto me tranquiliza un poco, el espeso humo corriendo por la garganta, seduciendo a la muerte. Es increíble. Ver a la gente que toma este vehículo me entristece, digo, mirá a la señora de la tercera fila, debe estar en sus cincuentas, está sola y se ve triste, a juzgar por su apariencia no tiene mucho contacto con la gente, su cabeza prácticamente cuelga del cuello, se le ve triste y derrotada, además de cansada y cabizbaja. No muy lejos está aquel hombre calvo, probablemente tiene unos sesenta años, no es la primera vez que lo veo, sin embargo no logro recordar donde lo he visto antes, quizá aquí mismo.

Nueve y trece. Ya es el quinto día consecutivo que llego tarde y no me han llamado la atención. A lo mejor se me da la suerte, como la he tenido toda mi vida y me reprendan hoy.

¡Me acabo de acordar! a este hombre lo he visto unas cuantas veces en el buzón del departamento, debe ser un vecino o algo, recuerdo haber oído un par de veces su conversación con el chico que reparte las cartas, preguntándole si le había llegado alguna, a lo que el cartero replicó negativamente en ambas ocasiones.

...Y ésta es mi vida. Me paro frente a una caja registradora con un micrófono por encima de mi cabeza y repito como idiota « *Bienvenido al Mundo de la Hamburguesa, me llamo André, permítame recomendarle la Gran Doble Todo, doble carne, doble queso, doble tocino, doble ración de mayonesa, mostaza y ketchup por tan solo \$75.99. ¿Qué es lo que desea ordenar? »*

Con voz monótona, veloz e incomprensible, todo un pelotudo, y eso es sin contar las constantes interrupciones para captar una orden entera de alguien que ordenó algo incompleto.

Me frustra. Me pregunto si alguien regulará pequeños detalles como éstos, que le hacen perder tanto tiempo al cliente como a mí, pero qué más me da, si al final, hago lo mismo cinco veces a la semana de nueve a seis por un módico salario. Cuando no hay clientes en el mostrador... no es divertido, pero entretenido, observar cómo con cada mordisco que atiborran en sus gargantas, con cada trozo de carne que lleva meses congelada, chorreando grasa por sus cachetes, se acercan más a su tumba. A lo mejor no soy la persona adecuada para juzgarles, pero prefiero embutirme mi cartón mojado en las mañanas que comer esa porquería aborrate, que dice ser carne pero no es carne.

Por lo general tanto en el trabajo como fuera, procuro pasar desapercibido. Me gusta. Me siento más como yo mismo, tomo las cosas bajo mi control y tengo una independencia limitada del mundo, del resto, de aquellos buenos para nada que únicamente retrasan todos mis objetivos, metas y sueños. Si es que aquella arpía dejó alguno. ¿Y cómo no evitar a la gente? Si al ver a un hombre con mi particular aspecto pensarían que soy filósofo o vagabundo, que a resumidas cuentas es lo mismo.

Después de este largo y abrumador día... ni sé qué día es hoy. Eso está mal, creo. ¿A dónde tengo que ir? ¿Tengo algún compromiso? Lo dudo. Iré a reconfortarme a mi casa, al menos algún pasatiempo me entretendrá hasta dormir. Si es que hoy lo consigo. Últimamente, mi pasatiempo favorito es destruir todo lo funcional en mi pocilga, a la que cabe remarcar que si llegasen a robarle algo tendría suerte con lo que cuesta el servicio de limpieza, mejor que lo haga gratis tal pillo.

Estoy parado frente a mi departamento, al que coincidentemente hallo con la puerta abierta. Ya no me acuerdo siquiera de cerrarla. Estoy siempre en otro mundo.

Qué raro, todas mis revistas y libros están cubiertas de polvo ¿hace años que no cultivo mi mente? he ahí una revista que juraría es nueva, no tan sólo por estar desempolvada, sino por su acomodo, no es algo regular en mí dejar tan bien acomodado algo. Aparenta ser de ciencia, debería revisar la fecha, aunque esté desactualizada se ve realmente interesante y hace rato que no leo nada, y hojeando y hojeando me doy con un artículo extraordinario.

Posé la revista de nuevo en su lugar y me acosté a reflexionar.

El artículo mencionaba unos extraños datos teóricos o tal vez hipotéticos sobre los últimos segundos de una persona que está muriendo. Cómo el individuo tiene una actividad neuronal impresionante que le ayuda a recrear tantísimas memorias y momentos, tanto añoranzas como

aquellos recuerdos de los que se prefiere prescindir posteriores a la muerte, aún con actividad cerebral, el individuo crea en base a susodichas recreaciones un mundo de posibilidades, de cosas inimaginables por la mente en su estado habitual, donde este segundo de *post mortem* puede convertirse en minutos, horas, días, semanas, quizás meses o inclusive años y la noción del tiempo es totalmente imperceptible, prácticamente nuestra cabeza es capaz de fabricar una vida entera en milisegundos, de lo que fue, es o pudo haber sido.

Fue ahí donde yo también me di cuenta de lo inevitable, unos días antes había decidido ahorcarme por lo insatisfecho que estaba con mi vida, había prendido el televisor y desconectado la antena para que no se escuchara nada y poder tener una muerte relativamente tranquila, y ahora me doy con esto. Como todo buen fin, supongo que mi mente está interpretando alguna película que debí haber visto hace tiempo por como las paredes de esta pocilga tiemblan como desencajadas entre sí mientras los muebles vibran y una especie de pulverización de mi persona se traslada a una playa cuya vista se emblanquece conforme mi etéreo ser se asienta sobre la arena.

Gritos

Escuché algarabía en la sala, me asusté mucho. Agarré la cobija con fuerza y me asomé ligeramente por la puerta, eran cinco militares. Uno golpeó con la culata la cara de mi madre quien se desplomó frente al librero. Otro de ellos se quedó en la puerta. Rápidamente entraron a cada cuarto. A mi hermano se lo llevaron gritando, pataleando y yo cometí el error de cerrar la puerta con fuerza, lo que sin duda me delató. Pasmado solté la cobija y corrí a la ventana. En mis inútiles intentos de abrirla entraron corriendo dos militares; uno chocó contra mi cama, la que empujó con fuerza, mientras que otro me agarró por detrás con un abrazo y me levantó. Empecé a llorar pero ninguna voz salió de mi boca. Vi mi hogar figurativamente caerse a pedazos, empecé a ver grises las paredes rosas, los coloridos cuadros de repente se tornaron de un profundo negro. Mi madre, mi querida madre quedaría devastada una vez que despertara. Ella era la única luz, la única en esa casa que desprendía un aura policromática. Intenté agarrarme de lo que pude para que no me llevaran, tiré todos los libros del librero, las sillas, el juego de té. Finalmente, algo me sostuvo un poco más de un segundo, querida y sólida pared, mis uñas quedaron ahí junto a cuatro líneas de sangre que en un desatino se mostraron como una curva que en el universal idioma de la desesperación escribía:

No volveré, madre. Te amo.

Inconsciente entonces de lo que pasaba, confundido y deslumbrado por las luces de decenas de camiones militares comencé a oír gritos, muebles rechinando contra el suelo y cristalería quebrándose. Definitivamente era un operativo a gran escala.

Estruendoso silencio, me abrumó más que cualquier ruido. Juro que duró como un minuto antes de que se cortara con el rasgante chillido de una mujer. Más tarde ese día me diría que le dispararon a su marido.

Me subieron al mismo camión que a mi hermano, estaba tirado al fondo sollozando. Fui a su lado y lo abracé fuerte, intentando darle un poco de esperanza, esperanza que yo ya había perdido. Empezaron a sedarlos a todos, le dije a mi hermano que se tranquilizara y que pretendiese estar dormido, entonces empezó a llorar más fuerte. Me tiré y fingí estar sedado. Escuché pasos muy fuertes y sentí un empujón con una bota, y en cuestión de segundos, mi

hermano cesó su llanto. El camión arrancó y al cabo de media hora me atreví a levantarme y vi a los chicos, de entre unos siete y doce años, todos varones. Nos adentrábamos al desierto. Los nervios y el estrés me tenían desgastado y con ganas de dormir, pero no podía permitirme olvidar el camino de vuelta. Una hora y la vegetación había cesado, ya no había carretera. El sol comenzaba a asomarse entre las dunas a un costado y no hubo más que hacer. Mis párpados se rindieron y me quedé dormido como el resto, dormidos en una breve eternidad.

Desperté con la frenada que dio el camión, como estábamos al fondo, casi nos aplastan los otros chicos hasta morir sofocados. Me levanté con dolor, un par de niños en otros camiones empezaban a reaccionar. Estábamos en un bosque helado y el sol se asomaba tímidamente entre las copas de los árboles. Los militares no estaban, dejaron los camiones varados, al principio pensé que sólo habían tomado rumbo por más niños y volverían, pero me di cuenta que eso no pasaría cuando empecé a ver más y más camiones. Nunca fui bueno en mi clase de matemáticas, pero pienso que éramos más de mil niños, si no es que más.

Chicos que nunca despertaron y no se levantaron de la caja del camión. Chicos que murieron peleándose por comida, chicos que murieron congelados por las gélidas noches y definitivamente lo más conmovedor fue aquel par de chicos que estaban morados, murieron congelados pero abrazados. Uno esbozaba una mueca de sentirse protegido, al otro hasta se le congelaron las lágrimas.

Truculentos eventos comenzaron a darse conforme los más grandes se levantaban, sugiriendo que era menester nuestra supervivencia, que debíamos comernos a los chicos que ya estaban muertos, después de todo no somos más que viles animales.

Mi hermano se quiso sumar a los chicos que comían la carne de otros niños, le sugerí que no lo hiciera, puesto que nosotros no somos corrientes como los demás, nosotros conocemos el respeto y la dignidad. Nuestra familia se sentiría orgullosa de saber que preferiríamos morir antes que ceder. Poco le importó y devoró las vísceras de aquel niño de ojos celestes al cual ni le cerraron los párpados para que descansase en paz. Viles, son tan viles.

Por mi hambre no daba más, sólo quería estar sentado cubierto del frío y les miraba fijamente a esas aves de rapiña, cómo me hubiese gustado ajusticiar a todos los que habían profanado.

Les miré por horas. Ya no tenía fuerza, no podía emitir sonido alguno, mis labios secos, más quebradizos que el suelo del Atacama, reverberaban entre sus grietas secas para que me durmiera, no había más por hacer.

Vi cómo algunos empezaban a retorcerse en el suelo, intoxicados por la carne cruda. Intoxicados por su estirpe rastrera y miserable alcurnia. La fuerza que no tuve para levantarme salió en una dispatada mueca que emulaba una sonrisa vengativa. No fue sino este sabio universo quien me dio una lección por mi orgullo y prepotencia. Sin fuerza y de la nada vi cómo molían a patadas a mi hermano mientras intentaba robarse un trozo de carne. Mi última lágrima es mi último refugio. Una gota seca, una gota páfida que arrancó mi vida.

¿Quién querría deshacerse de la juventud de un pueblo? Sólo los cobardes que viven el futuro antes que el presente.

Abunda el desacuerdo y más abundan las ganas de tener razón.

Pasiones líquidas

–Che, ¿cómo andás?, ¿Está todo bien, por qué la cara larga?

Muchas preguntas y pocas respuestas. –Sí, todo bien–. Tragándome el millar de problemas psicológicos y emocionales que me acongojaban desde el mismo día en que nací, mas claro, nada que no se cure con un poco de alcohol, literatura y diecinueve horas de sueño.

–Todo en orden –concluí.

De la manera más súbita comenzó a hablarme de mi último amor.

–El tiempo es endeble por naturaleza, de carácter duro e impermisivo. Absorto en un mundo de memorias de los *nunca fue pero y si hubiera* –dijo tajantemente–. Hijo mío –continuó– no se trata de culpa. Las mujeres siempre serán marineras en tu navío, unas con su infinita bondad te llevarán a la luz de faro cuando te halles en la tempestad. Otras en su amarga inmadurez te encallarán, con o sin afán de hacerlo. Tú se objetivo, tú se un sentimental. Tu navío volverá a navegar tan pronto lo empujes de nuevo a las olas de la mar, buscando ese último ventarrón donde el sol se pone, donde pegue la última ola.

Tomó un respiro y siguió su verborrea.

–Ten cuidado con las mujeres, son verdaderas piezas de arte. Puedes embelesarte así nada más. Súbitamente quedarte *tête-à-tête* consumiéndote, pudriéndote o bien coloquialmente *amándote*. Ten cuidado. ¿Has visto lo que le hace el fuego a todo lo que toca? Da miedo, ¿verdad? pero más miedo da lo que le hace la soledad a una persona. Emparéjate con la persona equivocada y pasarás toda una vida acompañado por la soledad. Serás un intruso en tu propia vida. El corazón arde como el fuego, porque la soledad es una inmolación interna. Una vida así en una analogía literaria sería un *texto lleno de vacíos*.

«No es la canallada en sí, es el abismo que crea uno al ser estafado por la avaricia de la pasión. No es ninguna coincidencia que el ego demande huir en vísperas de tristeza, subyugados por la ínfima existencia que demanda que todo eso que damos se nos devuelva.

«Y es que somos repelotudos, sabemos bien que la decepción es un montón de tristezas que usamos de motor para intentar lo que de entrada sabíamos que estaba frustrado.

«Sin embargo, aunque no sé mucho de acústica, sé que cuando hallés a aquella dama, la que ofuscará tu soledad, el eco de su nombre sonará cada vez más fuerte. Cada sílaba tendrá su propio redoble, su propia orquesta.

«Y no todo va a ser de lo más lindo, habrán días malos donde querrás destruir todo lo hermoso, no sólo hacer añicos la belleza en sí, no sólo lo físico pero ir más allá y desbaratar toda concepción o sentido que cohesionaba los cimientos de la cordura de esa persona.

«Y bueno... ¿Qué te digo? Para los románticos y los sentimentales, el dolor es un lujo.

«Pero no te preocupes que los de la más alta estirpe emocional, los que son de naturaleza noble e irreplicables, son ellos, que entre lo más visceral, trastocado, grotesco e impúdico que impera entre los perversos, desentendidos de la belleza de una flor, que no entienden la alegría de una gélida noche de estrellas, es allí donde los trascendentes de esa alta estirpe navegan con viento en popa. Porque si hemos de huir, que sea para adelante, *une fuite en avant*.

«*El amor es la ausencia de odio*, por eso si te vas a tirar de nuevo a la mar, hazelo como Storni y no mirés atrás. Porque cuando estás listo para darlo todo, estás listo para dejar morir a tu corazón en las manos que sean. Que se derritan en las manos de ese amor idealizado.

Sólo le miraba con los ojos a media asta. Yo sólo quería dormir.

X

Con una pregunta tan dejada, soltada al aire y sin importancia. De esa manera fue que ella rompió con mis esquemas, de un modo tan estrepitoso que mi mirada se nubló un poco -creo que me bajó la presión- no obstante me detuve un segundo a pensar en aquella pregunta, a la cual aún no había contestado.

Cualquiera pensaría que para derrumbar de manera tan simple aquella idea, debió haber sido tan estable en argumentos como un castillo de cartas, pero no era así; al contrario, la complejidad con la que había llegado a tal conclusión fueron años de experiencias, incontables días de reflexión e innumerables lecturas, que ahora sin más que decir, se la llevó el aire, cual hoja en otoño.

Salivando y con un increíble antojo, posé ese nuevo elixir en el interior de mi mejilla derecha, con una delicadeza digna de acariciar sus glúteos. Mis ojos se iluminaron y soltaban destellos, una chispa encendió mi alma, mi cuerpo empezó a andar completamente sincronizado, me sentí como un reloj recién afinado. Lleno de pila, lleno de ganas, me absorbió mi propio ser en una especie de burbuja que se inflaba. Nunca me había sentido así. Domé mis sentimientos, me subí de nuevo a mi persona y sin segundos pensamientos emprendí un nuevo viaje. No importaba lo que hiciera, rápidamente iba de un recuerdo a otro, el cual desaparecía tras unos segundos, pero sabía bien que me la estaba pasando excelente, estaba acelerado, sentía cómo mi cerebro era un líquido en efervescencia.

Ella aseveró con una seriedad mortal: Necesitarías más drogas para ver lo que yo veo sobria, y aun así, tengo mis dudas sobre cuán plausible sería que entres en mi estado.

Fácilmente puedo afirmar que esa mujer, es el espíritu más asombroso que me ha tocado directamente el alma. La soberbia con la que me lo dijo quedó suspendida entre la perfección de sus ojos. Sus dilatadas pupilas quemaban mi cuerpo y estaba demasiado excitado como para hacer caso omiso a sus palabras. Me miraba con deseo y desdén.

Me agarró de la camiseta, tiró hacia ella y fue directo por mis labios, los recorrió con su lengua, tiró su pelvis hacia la mía, se dio la vuelta y deslizó su culo de arriba a abajo, con el mismo con el que me empujó, un momento más tarde me lanzó una mirada seductora mientras se alejaba. Únicamente podía ver como su culo iba marcando un infinito rotando y rotando.

Su silueta se perdió en la oscuridad, vencí mi estado de euforia y anonadamiento, y corrí tras sus pasos.

Me prendió con sus ojos sabor a aguardiente. Me abalancé y la tiré al suelo con una increíble torpeza. Ella por supuesto estaba molesta, enojada. Saqué una navaja, su fruncido ceño se volteó y abrió los ojos en pánico, su cuerpo se tensó. La observé con calma. Esta vez yo recorrí sus labios con el pálido cuchillo en mano, traté de calmarla y le susurré una canción al oído mientras le despejaba unos cabellos de la frente con mis dedos callosos, pareció no servir de mucho porque vi un par de gotas correr por sus ojos.

No entendía porque ya no estaba de seductora. Ya me había conseguido. Ya tenía mi atención.

¿No era lo que quería?

Quería decirme *perdón, lo siento, por favor déjame*, pero sus palabras eran frágiles y quebradizas como su personalidad, su pobre y dañado espíritu.

Súbitamente me subió la sangre a la cabeza y perdí los estribos.

Acuchillé a esa zorra en la garganta, chorros de sangre, no coagula, emite ruidos y sus cuerdas vocales no responden. Salen gemidos extraños sofocados por la densidad de su sangre a la que le brotan burbujas. Tenuemente más claras y abundantes cuando sus pulmones intentan ese inalcanzable: *¡Ayuda!*

Le arranqué su pollera, no tenía bragas. Divina la mujer, pecado del hombre. Le hice el amor, realmente la amé. La penetré una y otra vez, ella intentaba evitar desangrarse haciendo presión en su cuello, pero igual sentía que había algo especial entre nosotros dos, lo sentía.

Piel de caramelo cubierta en sangre, le besé la frente cerré sus ojos. Me paré y la dejé volar libre como fue su espíritu.

El ocaso de las estatuas

Sobria mirada, estaba postrada desafiante, con firmes pies de turquesa que sostenían unas largas piernas serpenteantes coronadas por una cadera que reposaba, elevada por encima su orgulloso cuerpo, sus firmes y tersos senos que sostenían a la *Mater Natura*. Su brazo etéreo, portador de la espiga que recuesta sobre sus pechos, a la distancia se arroja su otro brazo, seguido únicamente por esa pesada mirada. Piel de bronce, deslumbrante piel de bronce. Reina de la fecundidad, ícono de mujer.

Imponente, erguido se muestra con un par de soles en la cara que se pierden en la inmensidad de su palidecida cara mientras en sus manos empuña una pesada espada de piedra con la inscripción:

Non mi nudare senza ragione, non mi impugnare senza valore.

Aferrado al belicismo intrínseco del ser, inundado de coraje en su postura. Hierve la sangre atiborrada de minerales, mercenario de negro.

Pirro se postra absorto, maniobra con Polixena en sus cálidos brazos que reverberan ira y deseo, mientras agita su *gladius* contra los plebeyos del alma, distantes y derrotados en el frío suelo, petrificados en la derrota. Pirro efímera deidad en tierra, erigiendo su omnipotencia sella sus ojos a la debilidad.

Paolo desligado del mundo por tener las caderas de Francesca en sus manos, se siente emperador del romanticismo porque lo que el corazón quiere, el corazón lo tiene sin que la consecuencia influya; porque aquellos que pueden restringir la pasión es porque en sus débiles corazones no arde la dicha. En una nube ambos imantados por sus mutuas miradas se sienten un cúmulo aislado, rodeado por insignificante todo.

¡La belleza se erige a lo alto!, refleja el sol en sus desgastadas pieles turquecinas, víctimas de la intemperie, azota tempestuosamente sus cincelados músculos blanquecinos de granito.

Reminiscencias de una época dorada. Una hueca sensación de civilidad.

Parvadas carroñeras trajeadas y uniformadas, condecoradas con colmillos, se coronan con espinas y asestan con el poder del cambio invitando a la contemporaneidad, implique lo que

ello implique. Desesquemmatizar sin fundamentos por mera rebeldía. La tradición es del pasado y no hay lugar para la alegoría. El populacho sólo entiende lo explícito y lo vulgar. Dejadlos usar como musas a las cortesanas y a los cirqueros, que su aristocracia es de sangre roja.

Comparsas emplumadas fluyen a borbotones por cada desembocadura de las calles. No hay cabida para lo destacable, no hay cabida para lo ideal. No existe lo superior, no existe lo admirable. La degenerada igualdad nos primitiviza. ¡Carroña, maldita carroña!

Las plazas de mármol se vuelven desiertos arquitectónicos. Vacíos irremediables en el espíritu.

Las plazas de bronce se vuelven desiertos arquitectónicos. Vacuos de arquetipos.

Enjambres de ruedas se amotinan entre avenidas para el rapto más audaz del siglo XXI. Áridas plazas, museos en blanco. Los cuadros son marcos decolorados por la ignorancia.

Las calles y veredas, los talleres y parques, ateliers y jardines, plazoletas y galerías; son estériles vestigios culturales.

Se llevaron todas las esculturas, desarraigadas forzosamente, rompieron sus bases no sólo físicas, pero las metafísicas, que indiscutiblemente cohesionan moral a su gente. Se vislumbra un postmodernismo como secuelucha de la toma de la Bastilla. Aquí donde no reina la razón, donde no reina la equidad, donde jamás reinaron ni la libertad ni la justicia. Aquí donde se le rinden pleitesías a Narciso y culto al hedonismo.

Todas encerradas, apiladas una encima de la otra, una al lado de la otra. Indistintamente si de bronce, acero, aluminio, mármol o piedra. Las que tienen suerte todavía están enteras, mirando desde las camas de escombros hacia una cúpula de vidrio hecha pedazos. Vigas que alguna vez sostuvieron un techo están caídas junto a las estatuas. Brotan varillas del suelo, como si alguna vez hubieran sido columnas y hoy no son más que el recuerdo de las mismas.

Gélido y gris ambiente, rompen un par de haces por la cúpula que muestran cuanta partícula de tierra o polvo circula por la abandonada fábrica de textiles. Últimas compañías de los sentenciados a muerte en una guerra ideológica.

Se muestran altivos, miradas sobrias en la víspera del último respiro antes de que empiece la guerra de los cinceles y las masas.

Escombros y más escombros. Occidente se marchita en primavera.

Idílica travesía

En medio de la caída libre podía admirar la belleza que sumaba todo el pintoresco paisaje, una vista increíble parecía ser pintada a brochazos pero con el más ínfimo detalle, la caída es bella, dicen que lo que mata es el aterrizaje, el alto repentino y forzado. La gente no sabe lo que habla, cuando quieren que estés atento a un golpe, te dicen: «cuidado, no te vayas a caer», la caída no es el problema, la caída es bella, la podés disfrutar, es imagen lírica.

¿Y el golpe? Te sirve para aprender. Dicen.

Francamente, no quería abrir mi paracaídas, y habría sido lindo morir así, tras tal estado de meditación, indudablemente una linda muerte, más cuando se está decidido pero esa decisión no estuvo en mis manos, había otro hombre enganchado a mí y éste lo abrió. En el tándem repensé mis ideas, lo que acababa de sacar de la cabeza, creyendo que pudo ser una estúpida decisión y podría haberme perdido de flotar en la inmensidad.

– ¡Ja! Sí, cómo no –puntualizó otra voz en mi mente.

...Y fue así como decidí que ya no quería vivir. Devastado por la idea, sumido en una angustiante depresión opté por lo convencional, apartarme de la sociedad. Prefiero ocultarme en mi poco mullido sillón de un verde un tanto decolorado y que aparenta una década más de la que se carga. Pero, ¿realmente quería morir?, simplemente estaba hastiado del gentío, de la estupidez colectiva, de ser una voz hueca, pero al final ¿quién no está cansado de las mismas penas? Todos tenemos una depresión no diagnosticada, al menos así consolaba a mi conciencia que acallaba en un primer plano pero retumbaba su inmoralidad en el trasfondo mental.

Miraba fijamente a la pared con ojerás más profundas y oscuras que una mina de carbón. Ya no miraba la pared, sino que quería mirar a través. Buscar qué hay detrás. Me di de frente con los ladrillos –metafóricamente claro– estaba inmóvil en el centro de la sala con la musculosa agujereada. Me di cuenta que el finalizar con mi vida, no era lo que deseaba, pues estaba aislado, huyendo de los peligros de todos los días, huyendo de los riegos que se encaran segundo a segundo. Se dio cuenta que su depresión fue un acto de preservación, un acto natural de supervivencia, donde en el mundo real la gente está constantemente buscando el arma idílica de la autodestrucción. Fue allí donde me pegó la memoria; se volcaron veintisiete

años de experiencias, historias, anécdotas, sueños, y demás, en un embudo que las vertía en una epifanía.

Recordé a mi padre, quien eligió su arma, la botella, de balas étlicas. Recordé las transparentes y cuadradas botellas vacías que acumulaba al lado del colchón. Éste estaba encimado en unos diarios viejos y un poco malolientes. El único lugar de descanso que tenía mi padre – un hombre trabajador cabe recalcar – después de volver a la casa tras de una jornada y media que mantenía todos los días, se prendía un whisky. Dos *whiskisitos*, tres *huiskisitos*, seis *juiskiss*. Diez, el último y a dormir. Ese hombre puso el pan todos los días en la mesa. ¿Qué le podría decir?

Mi madre, doctora, las drogas. Los amigos y las influencias son importantes y con una máscara con sonrisas falsas e hipócritas cumplidos, se cierran con broche de oro para satisfacer las crónicas afecciones de la *doc*, una fuerte receta de analgésicos.

La abuela, tomó el compromiso. Ella eligió el matrimonio como su herramienta para autodestruirse. Qué lindo es el atarse con otra persona y despertarse treinta años más tarde y estar atada sola, parece más bien secuestro, un nudo de autosecuestro.

Mis amigos, tomaron de todo un poco, ejércitos de putas, bombas de ignorancia, metralletas de ácido, pólvora blanca inhalable, inyecciones de adrenalina color mierda, amigos de todos lados defendiendo pedazos de tela coloridas bajo el mismo lema vulgar y ordinario:

« *Libertad* ».

Protegido por estos soldados.

Qué memoria tan buena, recuerdo el patrón de ese viejo colchón y el pequeño resorte que salía por el costado izquierdo.

Era chico, esas imágenes claro que me afectaron pero ingenuo sería pensar que esto y lo que he vivido a lo largo de mis veintisiete años, no me han dotado de un arsenal, dispuesto ante mí, con el único y último propósito de eliminar mi vida del modo más corto, más largo, más entretenido, más *iluminador*, más digno, más sagrado, o cualquier sobrenombre que se le quiera buscar.

La religión trató de explicar nuestras arbitrariedades. Saltó la filosofía a limpiar los errores y enredo de diversas ciencias, teóricas, falaces e inclusive contradictorias. Hay quienes tratan de explicar que estamos dispuestos no arbitrariamente, sino que estamos todos juntos en un

ente y por tanto somos uno, hay quien dice lo opuesto y hay quien dice lo que quiere. La mayoría dice lo que puede, palabras de sobra, ruido que inunda el aire, mi aire. Como estas letras llenan vacíos que estarían mejor en ese estado. Evaporadas.

Juntos o solos, sólo y únicamente nos consideramos sobresalientes en una tarea específica, en buscar atajos. Atajos a la tumba, todo lo demás gira en torno a este bello viaje, lapidado por emociones contextuales que le dan sabor a la travesía y razonamiento para engañarnos y creer que hay más.

Resulta sin embargo curioso, que cuando se trata de elegir armas, somos entregados e inclusive un tanto temerarios, llámesele amor a la vida, disfrute de la misma o como se le quiera llamar. Pero lo gracioso recae en la conciencia y el remordimiento homicida que tenemos dentro. Somos los más audaces amantes del veneno y los tenaces catadores de la muerte. Cuando en arbitrarias regresiones nos entra el arrepentimiento repentino de acciones pasadas, se nos torna suspicaz el mundo y somos asediados con desconfianza y sin misericordia, no es sorpresa, claro, lo que sí es, es una lástima.

Nuestros resabios no tienen límites, son vulgares y exponenciales, pero nuestros espectros adimensionales, que pese a buscar la muerte en los lugares más oscuros y recónditos de este apático mundo, son perspicaces, o al menos, lo suficiente como para limpiar la mierda cuando ya es demasiado tarde, para nosotros y para nuestro entorno.

¿Por qué pensamos que nuestra mentalidad es infinita? Somos entes simples y limitados a nuestros sentidos y percepciones, en base a estos sentidos podemos establecer diferencia de sensibilidad de los mismos y aplicación de estos que nos llevan a numerosas formas de creatividad, lamentablemente la hacemos desembocar en el fecal hueco comunitario, ríos de nihilismo, lagos de hedonismo, mares de banalidad, océanos de egocentrismo. No sólo nuestras drogas, adicciones y excesos nos matan, lo que mejor se juega el truco de la detonación de lápidas son nuestras ideas, negativas o positivas, nuestras vibras, nuestra absorción o engendración de energía, son pocas de las variables que carcomen el tiempo, son las navajas a la cuarta dimensión. Dispuestas elegantemente sobre tus arterias.

Fue un azotón de la puerta del vecino quien deshizo mi ensimismamiento profundo, trance casi tántrico. Desahuciado de voluntad me levanté con una cara de agotamiento físico tremendo. Continué con unos pasos cortos, débiles y arrastrados hasta la puerta del dormitorio, abrí la puerta, y tomé dirección a la cocina, una pequeña cocina, un poco sucia y descuidada,

podía verse que una de las puertas de los gabinetes estaba a punto de caer por la falta de apoyo de la bisagra superior, y había un acumulado de platos sucios, quizá de una semana. Me agaché al costado del horno, había un tablón suelto, se me podía ver marcada la columna vertebral a través de la camiseta, tomé ese tablón lo desprendí con un poco de esfuerzo, y tras un tronido de la madera, lo descoloqué y lo puse a un costado. Agarré una pistola que tenía allí guardada, con descuido la sacudí como si fuera un trapo para sacarle alguna que otra partícula de polvo que pudiera tener, me levanté y fui directo al baño a paso acelerado, me miré al espejo.

–Es hora de transitar los atajos de los vivos.

–¿Mataremos gente inocente, con qué propósito?

–No es de propósito o sin él, es acto de mensajería ¿Sabes? Tipo como si fuéramos a mandar la última carta al hombre.

–Nadie entenderá el mensaje...

–Eso es lo más bello de todo.

Discutía en mi cabeza los qué, los por qué, los cómo, ya digerida la idea, sonreí al espejo por unos cinco segundos con una felicidad, esa que te inunda cuando estás seguro de todo, cargué una bala en la recámara, oscilaba el arma desde mi brazo por el peso de ella y mi delgado brazo la llevaba en círculos mientras caminaba en los pasillos de la casa. Finalmente no dejé que el tiempo fuera el juez de mi vida y comí plomo con una sonrisa en la cara frente al espejo del baño. Solo, tranquilo, seguro y tras un excelso esclarecimiento. En los diarios y periódicos, no iba a ser portada y ni siquiera estaría en la última página, para el resto de los asesinos y homicidas de sus propios cuerpos, era yo un don nadie, era una desgracia y una triste manera de morir, y no obstante, a diferencia de las penosas muertes y agonizantes vidas que iban a transcurrir en el tiempo de estas personas en este plano, yo, que me fui con una sonrisa y con una idea clara a dormir en la eternidad.

El contagio de la pasión

Sí, sí es verdad que todos estamos rotos pero escúchame bien cuando te enuncio: « *Eso no te hace especial* ».

Honestamente hay entre poco y nada que te destaque del resto de tus congéneres.

Jactancioso te escudas en tu particular melancolía por un futuro incierto, tu disgustante infancia de la que poco puedes recordar, tu seco deseo de morir cuando todo sale mal, tu incesante depresión y tu predilección por arribar en los momentos más inciertos.

No hay forma de paliar tus males. Te escondes en tu cama día tras día, te dopas con tus programas de televisión favorita, quizá incluso con una mala novela que hable de lo que no tienes pero tanto anhelas, te atiborras de comida chatarra y conversaciones con desconocidos, te entierras bajo pilas de excusas para no ver a tus *amigos*, que seamos honestos, ¿realmente cuándo han sido tus amigos? Son sólo personas que han estado ahí, conoces de *pi a pa* y jamás realmente les has contado sobre tu aberrante angustia; a veces porque temes que pudieran rechazarte, incluso llegas a alejarte porque temes que tus conversaciones puedan estar abrumándoles, otras veces simplemente desearías que todos se fueran al carajo y su opinión es tan válida como tus ganas de oírlas, es decir: nula.

Te obsesionas con un pasado irremediable y un futuro irrealizable. Estás paralizado en un limbo atemporal donde el tiempo sí o sí va a pasar, pero sigues temiendo y sigues soñando. Una búsqueda por quién pudiste haber llegado a ser dado tu pasado y si tu futuro tendrá el mismo pobre destino. Desgraciadamente tienes esa estúpida costumbre de creer que eres la sombra de tu pasado y la luz de tu futuro, cuando debería ser al revés.

Así es, tu tragedia no es nada especial. Tú no eres especial. La realidad, asquerosa o divina, es que somos ya bastantes millones de personas como para que te sientas único, distinto o trascendental.

Tu amargada vida me satura y tu punto de vista ofuscado por una mísera vida común y corriente que te reitera día con día como debes salir de la mediocridad, de tu conformista y cuadrada vida. Situado en un encarcelamiento del espíritu en lo material.

Te aferras al abismo de tu ser, temes tomar tus entrañas con las manos, alzarlas al sol y gritar: « *¡Ya no más!* »

No entiendo por qué temes. No entiendo por qué clavas tus uñas para evitar *caer*. No se trata de caer o no es lanzarse con ahínco a sabiendas que el corazón puede restar allí muerto, frío e insípido si se falla, pero si se triunfa, serás *Magno*. Debes mirar tu ente visceral, entrar con bríos en lo más profundo de tu ser y cazar a cada uno de esos monstruos que se han encargado de saquear tus valores, tus principios y de enfermarte con apatía.

Toma tu *Tachi* y entra al *Hades*. Todo sea por mantenerse erguido y con el mentón en alto. De tu interior sólo puedes salir victorioso. De entre las penumbras de la depresión y cargarás ese listón rosado con el que tanta gente ha adornado este terrible padecimiento, cuál si fueses Perséfone con la cabeza de Medusa.

Una vez empapado de la sangre de tus mayores miedos, cubrirás tu cabeza con una corona de flores y una mirada pícara que nadie jamás podrá evitar.

El camión

Me subo hoy a este bondi, bueno así le decimos en la capital, de donde soy, al autobús. Es curioso porque algunos le dicen ómnibus, ¿omni? De *omnes*, según entiendo que es latín para decir *todos*. Sin embargo, acá somos treinta y ocho personas sentadas y quizá unas diez paradas. Todos nosotros amontonados en un espacio no mayor a 30m². Somos cuarenta y ocho soledades pegadas una al lado de la otra. Cuarenta y ocho soledades viviendo cuarenta y ocho vidas distintas, cada una acongojada con su propia serie de problemas. Cuarenta y ocho.

Yo acá mirando desde la puerta del autobús veo a un señor que no es inválido ni mucho menos, tampoco pareciera tener una edad que le impida mecerse al vaivén de una pobre conducción de este armatoste vehicular del siglo pasado, al contrario, veo que es un joven rondando los treinta con un trajesucho de oferta cuyas mangas parecen no alcanzar sus muñecas y su cabello, con un baño de gel, que huele incluso afuera del bus. Don poco importante está sentado cómodamente en un asiento exclusivo para gente mayor y mujeres que ruegan encontrar al padre de la criatura que están gestando en su vientre. En su más descarada hazaña mira a la señora de setenta años con una bolsa plástica enorme llena de bolsitas con verduras, para súbitamente voltear a ver la ventana. La señora tambaleándose en un pasillo donde no entran ella y su ciática. La señora refunfuña y muerde –o al menos eso intenta con los pocos dientes que le quedan– sobre su propia dentadura como intentando salivar. A juzgar por sus compras debe ser la abuela de una familia de seis personas probablemente, seis niños sin madre. Ella está sola en una lucha por alimentar a los escuincles, pero y a ella ¿quién le ayuda? He de suponer que el parásito que está limando las ventanas escribiendo un *tag* no es la clase de inútil que podría sacar a esta gente adelante. Vándalo hijo'puta...

Después está este otro señor, a sus cuarenta años trabajando bajo los siete soles de la semana apilando ladrillos, secos y húmedos, ya permean las consecuencias en su ser. Postra su obesa mano de dedos cortos bañados en cal sobre la manija del asiento delantero para evitar irse de frente con la tremenda frenada que presenta nuestro veneradísimo servidor público que entre sus exigencias de un salario justo no se ha tomado la labor de leer el manual de tránsito local. En esas trabajadoras manos de uñas gruesas y amarillentas que supuran una sustancia transparente, el olor a transpiración es tan fuerte que no me deja discernir mucho a la distancia pero apuesto que tiene un olor rancio dada su coloración.

El jovencito que está a mi lado parece disfrutar de la fiesta y los esteroides, lo asumo por su camiseta *bulldog* y unos brazos desproporcionadamente grandes comparados con lo delgado de sus piernas. Uno supondría que un atleta sin auto tendría piernas un poco más desarrolladas. Bien el chico podría estar sufriendo de un problema hepático por las sustancias que ingiere, o bien la tonalidad de sus ojos puede deberse a mil y un padecimientos, no soy doctor. Quizá tenga sida. Quizá herpes. Quizá ambos, quizá no tenga ninguno. ¿A quién le importa?

Bacterias. Bacterias. Bacterias. ¡Pero qué asco! Sólo llevo siete minutos en hacinamiento voluntario con esta gente y sus hábitos me producen náuseas. La madre que le suena los mocos a su hijo y tira el papel a un costado. El niño que se hurga la nariz y agarra las manijas. El padre que se limpia la transpiración y toca el timbre para que la familia baje. El vagabundo, que además pobrecito tiene que gastar la mitad de lo que ganó el día de hoy mendigando para encontrar donde caer dormido, con un fuerte olor a mierda tocando cada una de las manijas y barrotes. Dos barrotes enormes que empalan al autobús con una firmeza digna de recordar a Tepes. Sólo dos barrotes y me pregunto si después de las quinientas personas que tocaron el barrote alguien se molestará en limpiarlo o sólo aumentará el número de gérmenes. Obviamente no soy tan ingenuo, el día de mañana llegará un chico con los dedos que recién penetraron a su novia y tocará el timbre para bajar, ¡ja! Tampoco faltará el joven que lo haga al revés; primero toque todo en el ómnibus y después penetre con su mano mugrienta a su pareja.

Puedo contar tres, cinco, ocho... trece teléfonos en total. ¿Quién está leyendo? Veo juegos, juegos, juegos, *Facebook*, *Whatsapp*, *Facebook*. En la cuarta fila hay una señora, ¡con un libro! Falsa alarma, era tan sólo una novela de ese autor de cuarta de Río de Janeiro.

Por cada persona que baja suben dos, no quiero decir que la matemáticas no sean ciencias avanzadas, pero no creo que uno requiera de matemática analítica para deducir que no es un modelo sostenible, porque hasta las latas de sardina revientan si excedes el límite. Además no soy quién para juzgar que la secundaria trunca del conductor le haya favorecido en su desarrollo lógico matemático.

No sé, pero lo más curioso es que acá todos estamos igual de jodidos, no importa si estás en sexto de primaria o si estás jubilado y aún usas el camión, inclusive acá donde no tenemos ni para comprar un bolillo, hay gente dentro del bondí que se esfuerza en ponerse aunque sea

unos centavos arriba y tratarte con un fastidioso desdén, gente que no puede partir un centavo en dos y con una arrogancia que se multiplica por dos.

Acá ciertamente no existe el vocabulario ni los modales. ¿Permiso? ¿Propio? ¿Disculpe? Acá hay un extraño lenguaje de señas, donde ponerse sentado en cuarenta y cinco grados sobre el eje horizontal del asiento significa: «*Estoy por bajar* ».

Existen dos respuestas dependiendo de la zona; la zona urbana responde poniéndose de pie y otorgando el pertinente permiso para que la persona realice su descenso de manera exitosa, mientras que en la zona rural se pretende que se es diminuto y falsamente creen que hay espacio para pasar, el resultado es un descenso innecesariamente torpe. Otro curioso método de comunicación se acerca al contacto físico, cuando se trata de este tipo nos referimos a una jerga cargada con emociones negativas puesto que los primeros intentos de comunicación no verbal han fallado. Entonces el emisor saca los glúteos y avanza abriéndose paso con el uso de los mismos. Claro que lo último lo digo por la particularmente enfadada señora de cien kilos, aquella señora que al aumentar de peso pierde noción de las dimensiones, donde ella supone tener el reducido cuerpo de una modelo veinteañera, cuando en realidad ocupa un asiento y medio del autobús.

¡Ja! Vaya, si Varro pudo escribir un libro sobre cómo pueden cortejar los romanos a las mujeres en el circo, debemos sacar a un trovador moderno que nos relate cuentos de cómo conocer gente en el ómnibus. Creo que aquí ocurren los enamoramientos más efímeros y menos trascendentes. Aquí ocurren las miradas con más corazón o con mayor desdén, pero no hay miradas sin significado. En este mismo autobús, las risas son en serio, las tristezas son mudas y los viajes eternos. Aquí la única farsa es creer que el bondi no es una alegoría de nuestro corazón marchito.

El bondi es su propio mundo, es una plaza con ruedas, es una ciudad entera rodando a su propio ritmo. El bondi es un centro cultural donde los intérpretes llegan a deleitar y ensordecen con su música, o lo que ellos creen que es música. Guitarristas, raperos, acordeonistas, cantantes, poetas, payasos, ex convictos, inmigrantes, todos siempre estamos en el bondi, apretados o flojos, siempre estamos juntos, juntos en este eterno desamparo que nos une y nos separa. Acompañándonos en la impertinente soledad.

Once

¿Por qué odias tanto las arrugas? ¿Por qué odias tanto las cicatrices y las marcas del sol? Veo que usas cientos de productos y cremas para cubrir las patas de gallo que, en surcos, recorren los costados de tus ojos hasta llegar a tus sienes como un trío de rasguños que gritan su presencia cuando estás genuinamente alegre. Las líneas de conejo que pasean por tu nariz cuando algo te disgusta o evocas una curiosa mueca a punto de carcajearte. Tu entrecejo montañoso que se alza imponente en tus irreverentes rabetas. ¿O qué me dices de las bellas marcas de paréntesis que se arman alrededor de tu boca?, porque una sonrisa no deja más que decir. No entiendo por qué quieres sofocar tus momentos más añorados. Ahogar esa honesta sonrisa de la primera vez que te di un ramo de flores. Ese ramo... ¿Te acuerdas? Primero estabas confundida porque nadie te había dado flores, te habían acostumbrado a baratijas y cursilerías que obedecían más a un patrón chamuyero que a un sentimiento sincero. Después sonreíste porque había rosas y de inmediato te diste cuenta de que, en vez de doce, eran once porque la primera vez que te conocí fueron once las estrellas de las que inventamos una historia juntos. ¡Ja! La primera vez que te enojaste. Estábamos en una oscura azotea viendo la viva ciudad embriagarse y no parabas de asustarte, entonces se te frunció el ceño, primero de susto y luego de rabia. No tardé en abrazarte y se sintió como que todo estaría bien para el resto de nuestras vidas. Pero no lo estuvo, no lo está y hoy después de ciento cuarenta y seis largos meses heme aquí tocando a tu puerta de nuevo, buscando enmendar mis errores y te veo tan cambiada, tan orgullosa como siempre, tan fuerte como tú sola, tan ávida de vida como si fuera tu primer respiro y sin embargo te empeñas en embadurnar tu cara con kilos de cremas y litros de tintes para volver a tener veinte. Es como si lo que viviste no valiese de nada o que todo lo que vivimos fue mundano, corriente o falaz.

Las benditas arrugas, dan prueba y fe de nuestro amor, de nuestra historia, de cada anécdota y cada momento que compartimos. Es lo mismo con esa cicatriz en tu mano, cuando intentamos hacer esa pizza, se veía horrible pero, ¡guau!, qué sí somos un par de profesionales cuando se trata de sabor. Eso dos lunares en tu cuello que salieron después de que pasamos dos días acampando en la playa y nos despistamos en cuidarnos la piel. No sé, eres todo lo que siempre quise y ahora intentas borrarlo todo con cosmética barata y estúpidas ideas que

te dicen que no eres bella. Es justo que lo quieras olvidar, es justo que quieras volver a empezar pero no olvides lo bello de la vida. Crecer es hermoso, aprender de esos garrafales errores, conocer, experimentar, buscar ese sentido que nos pone hoy aquí y mañana allá. La falsa sabiduría y la terquedad que refleja cuánto nos acongoja el que nunca sabremos todo. Yo prefiero llevar cada una de estas manchas, estos lunares, estas cicatrices y cada una de mis arrugas como medallas que gané en batalla, una ardua lucha continua ¡por vivir, por ser! con mucho esfuerzo, algunas con muchas lágrimas y el peso incalculable de tristezas que aún arrastran a mi corazón por el suelo, otras con un alma furibunda de enojos que hoy me arrepiento por no poder siquiera pedir perdón. En fin, no has cambiado nada... Eres la misma chica linda de la que me enamoré, los mismos profundos ojos oscuros que me cubrían en noches de frío y me daban bríos en los días nublados. Y hoy, me acabo de volver a enamorar de esa nariz tuya, con arrugas a los costados, son tan *Tú*. Ojalá lleguemos a los noventa para ver cada una de esas arrugas que habrán cavado zanjas más profundas donde acumular tantas alegrías, sollozos o enojos, y ver también las nuevas, todas esas emociones que no sabemos ni como describirlas. Cada una de ellas será una vida juntos en sí, un infinito compuesto de infinitos que habremos pasado juntos. Porque a pesar de todo, somos arrugas con mil historias para contar, y en el único punto donde convergen todas ellas es en que te amo.

Destilado de memorias.

Las uñas, se centraba mucho en esas uñas, como rascaban la etiqueta de la cerveza, estaban amarillentas y un poco largas, pero se notaba que se mordía algunas. Todo lo que hacía desprendía una fuerte ansiedad. Antes de beber, giraba su botella sólo para ver cómo subían las burbujas y beber la espuma. Golpeaba sus dedos: índice, medio, anular, meñique. Meñique, anular, medio, índice. Miraba sus manos, miraba su boca entreabierta, sus suspiros hacían que las servilletas se levantaran pero no se movieran. Había un pequeño cosmos, ordenado e inalterable alrededor de este joven.

La fermentada bebida era un embobinado, imantaba sus ojos que no podía ni desprender de ahí. Refugio bendito de algunos, lúgubre tumba para vivos dicen otros. Hay quien prefiere los destilados. Él, en su más sensato gusto, se nota que prefiere cervezas oscuras, densas, que te asientan como un golpe en la cara y que la mordacidad con la que arremeten sus melancolías le de tantos giros como un buen cuento de Mrozek.

En la tenue y débil mirada con la que sostenía cualquier objeto que bien podría haber sido de naturaleza muerta para un artista, él soltaba destellos de agonía, era más la preocupación que la curiosidad, pero sin duda alguna debía preguntarle a este chico, que a su corta edad ya producía una tristeza tan espesa que virtualmente se podía masticar.

Entrecortado y con miedo le pregunte:

—¿Por q... por qué miras con tan distintas tristezas al salero, la botella, la etiqueta, los restos de esos cacahuates, por qué o qué? —Desprendió sus ojos con un poco de desprecio para mirarme de reojo con fiaca, se dispuso momentáneamente a mirarme.

—¿Sabes tú la vida que tuvo ese cacahuete antes de llegar a esta mesa y ser devorado en un segundo junto a otros veinte, por un obeso, alcohólico y golpeador o sabes acaso sobre lo que pasó esta botella para poder ser una, como las billones de otras que hay para saciar la sed de una arpía que pretende *engañar* a su marido?

—¿A qué te refieres? —balbucee atónito—. Y claro, no somos más que un montón de nadie en este mundo, todos tan valiosos como este pedazo de madera, tan útiles como la próxima piedra junto al arroyo. Los principios básicos de la economía son innegables y lo más soberbios incluso dirían inapelables, pero a exceso de oferta el valor sufrirá inexorablemente una pérdida. Mientras que nuestros espíritus son infinitos e invaluablees o eso me resigno a

creer, nuestros cuerpos no lo son y estamos dando rienda suelta a la sobreoferta de humanos. Podemos ver las consecuencias, los deshechos apilados en los basureros de cada ciudad. No es la basura, somos nosotros, eventualmente esa basura se desintegrará, será Gaia una vez más. Pero nosotros y nuestra inalcanzable meta por la perpetuación es la verdadera desgracia humana.

Tomó un trago y le pedí que continuara, aunque estaba seguro que no era más que un *veganucho* más.

–Estaremos de acuerdo que la tierra es un ente vivo y que todo dentro de él también lo es. Todo en este planeta emana vibraciones, por ende todo es energía, y sería ingenuo no interpretarlo como que todo está vivo, esto va más allá. Me niego a creer que desde el año 1900, cuando por primera vez soltó la espora algún árbol para que creciera otro hijo suyo, su descendencia... sería talado, rapado, pelado, cortajado, exprimido. ¡Torturado, carajo! Qué vulgar abuso. ¿Para qué? Para terminar siendo una estantería en un baresucho de cuarta, sosteniendo licores que transmutan la personalidad de los mejores tanto como de los peores. ¿Te imaginas los sesenta años que vivió ese árbol, lo que vio, lo que sintió, sus memorias? Vaya, sus preciadas memorias. Te aseguro que eso no es lo que quería. Ese ejemplo es bastante práctico, pero si vamos a lo más banal, quizá algo más típico del humano, ¿Qué hay de las cadenas montañosas con las que arrasamos y redibujamos como nosotros queremos. ¿Qué derecho tenemos de hacer añicos una familia de montañas?, ¿Qué derecho tuvimos de cercenar a África del resto de Eurasia!?, ¿de partir a las Américas en dos?

A un cualquiera como yo, había convencido primero de ser un don nadie loco, pero después de haberme terminado mi trago y retirarme no pude evitar pensar en el origen de cada artefacto, de cada objeto, su vida, su historia. Increíble, pienso. Quizás el reloj que tengo en mi bolsillo, fue algún día una joya de alguien en la realeza íbera, terminó en manos de un partisano catalán en aras de una revolución, que a su vez lo terminó por malvender a un dentista judío que más tarde quería obsequiárselo a su malcriada hija que terminó por empeñarlo para hacerse de una dosis de cocaína y seguir su festín en busca de una degenerada orgía. Un sinfín de historias entrelazadas cuyo desenlace somos nosotros.

Séptima carta desde Hungría.

Querida amiga,

Esperando te encuentras bien te he de contar que me he encontrado en una situación más extraña que la última vez, espero me puedas asistir nuevamente, te relataré lo acontecido.

Estábamos los dos solos en una oscura calle de Hungría. Estaba completamente desolada, sólo teníamos la compañía de una densa bruma, dándole ese aspecto lúgubre que la pobreza ya acentuaba. Él prometió llevarme a un lugar donde podría tener una experiencia totalmente nueva, en ningún momento pasó por mi cabeza que pudiera referirse a algún psicotrópico o un burdel, por lo que no sentí ninguna preocupación o ansiedad, al contrario tenía mucha curiosidad. Pasamos de la estación del ferrocarril a una calle amplia, luego a una calle donde terminó doblando en un callejón con edificios muy altos, viejos y descuidados, la fachada era blanca con una puerta de madera de unos dos metros y medio quizá, se veía pesada. Con absoluta confianza me miró y sonrió. Sin decir nada golpeó la puerta, en un abrir y cerrar de ojos, atendió un tipo alto y blanco, con un aspecto muy local. Tenía ojos negros y con los párpados cediendo al sueño. Una larga nariz curva y puntiaguda, además parecía no tener labios. Tenía cabello larguísimo y sumamente oscuro, únicamente superado por lo sombrío de sus ojos. Vestía una especie de túnica, blanca con unos diseños y grañas tribales, en mi completa ignorancia no me atrevo a decir si era un atuendo con diseños magyares.

Sin seña alguna, pasó mi amigo y me hizo entrar a este lugar. Tenía un aspecto extraño, la entrada era un cubo, derecho había un pasillo que conducía a un jardín que parecía tener más vida que toda esta ciudad entera, el vivo verde del césped resplandecía, parecía que allí fuera pegaba el sol y cantaban los pájaros, mientras que en el de afuera, de dónde veníamos sólo había una desgastante humedad, frío y neblina. A la derecha de la entrada había unas escaleras blancas con un barandal de madera, nos paramos en la entrada que tenía un suelo de adoquines. Lo recuerdo muy bien, porque fue ahí cuando me advirtió que esta experiencia podría cambiar por completo mis percepciones de cómo vería al mundo, una conceptualiza-

ción de la banalidad del raciocinio humano y un sinnúmero de otras charlatanerías que no desprendían mi mirada del suelo de adoquín rojo. ¿Por qué alguien pondría adoquín rojo en la entrada de su casa?

Mi amigo se sumergió en las escaleras subiendo de dos escalones a la vez, en unos dos segundos lo perdí de vista. Aunque había despertado mi curiosidad respecto a lo que íbamos a ver. Mi persona estaba tan relajada y ensimismada que tardé en reaccionar y darme cuenta que se había esfumado. Traté de alcanzarlo y subí las escaleras un tanto apurado pero tan pronto puse mi pie en el primer escalón, perdí todo sentido de profundidad. Pensé que me había bajado la presión porque los siete escalones que estaban fijamente postrados frente a mí, de repente se estiraron a un infinito tubular. Sin más, tomé bríos para subir el siguiente escalón, todo se puso negro y no entendí qué pasaba, los escalones existían aún, sólo que no los podía ver en el renegrido ambiente, osé poner mi pie en el siguiente escalón que se hallaba delante, lo pisé y asombrosamente ya no había suelo, mis pies estaban libres, podía moverme perfectamente bien. Era como estar suspendido, no es que no existiese la gravedad, porque sentía mi peso, pero no sentía la necesidad de estar soportando mi peso físicamente.

Continué esta travesía, entendiendo que quizá esto era lo que mi amigo trataba de explicarme como una experiencia divina, sin embargo más allá de estar dentro de mí no encontraba una epifanía que me mostrase este mundo nuevo, distinto y reformado que me había sido prometido. Finalmente llegué al último escalón antes del primer descanso, estaba agotado, y no podía más con mi mísero cuerpo, y lo vi ahí, frente a mí, flotando en la inmensidad del primer descanso de las escaleras, doce aristas plateadas. Era un hermoso cubo hecho de pequeños lazos plateados que brillaba más que cualquier joya que haya visto en mi vida, de asceta cabe denotar. Me acerqué a ella, a las doce aristas, traté de tocarla y de repente morfoló a un cubo dentro de un cubo unido por sus vértices, traté de tocarlo nuevamente y se alejó, parecía estar a kilómetros, pero estando a unos pocos centímetros, es difícil tratar de explayar algo que fue tan difícil entender con los ojos, y esta figura nuevamente morfoló para convertirse en un montón de cubos superpuestos, ahora de colores, no parecía tener forma, salvo por los colores que discerní eran cubos superpuestos que estaban constantemente superponiéndose unos contra otros.

Entre mi fatiga, asombro, curiosidad y miedo ya no pude ni mover el brazo, quería salir inmediatamente de allí, me quedé inmóvil, y me dije que si me quedaba acostado en el descanso alguien podría volver a mi rescate. Sentí que pasaron meses mientras estuve acostado con los ojos abiertos mirando al vacío absoluto cuando empezó a formarse la figura de mi amigo, sentí que se formó prácticamente frente a mí, molécula a molécula, preguntándome si estaba bien y quería salir de ahí. Asentí con la cabeza y me alzó sin mayor problema y me bajó de los escalones. Estaba absolutamente en shock y no pregunté nada por el resto del día.

Al día siguiente mi amigo me preguntó qué tal había estado la nueva experiencia, a lo que respondí con una frágil mirada:

—¿Qué mierda fue eso?

Me explicó que él había estado en Mongolia unos años atrás cuando viajaba como mochilero con más frecuencia, allá se enteró de ciertos ritos antiguos que relacionaban la vida con la muerte, la inmortalidad, cuán viva puede estar una roca o cuán muerta puede estar un alma, el ciclo de la vida, el pasado inexistente, el presente y el futuro inexistente, etcétera y todo esto le hizo desear indagar un poco más en el tema, eso lo llevo a ir a la India, a China y al Tibet dónde conoció a personas extraordinarias que le ayudaron a revelarse secretos de la vida, tan sabios y milenarios, que tratar de ponerlos en palabras simplemente les restan mérito, lo contó con tanta alegría que logró interesarme mucho en sus palabras.

Nos encaminamos esta vez con dirección al Danubio donde prometió enseñarme la primera lección de autoexploración. En nuestra cama, empezó a contarme que lo que había experimentado el día anterior había sido similar a un viaje astral, sin embargo, lo había hecho en físico, lo cual no es habitual ya que el viaje astral se realiza únicamente a través del espíritu. Habíamos podido cruzar el umbral físico-espiritual porque hay siete puertas y siete guardianes en todo mundo, pero es difícil hallar alguna porque constantemente están moviendo estos *portales*, si así les podemos llamar.

—Somos eternos —enunció— pero ya no elegimos bandos, las antiguas religiones no nos mintieron, hay un mal y hay un bien, llámalos como mejor te convengan. Los que pelean por el bien no son los que se esconden bajo símbolos religiosos, son los que todos los días, rompiéndose el lomo, no ceden al perjurio de quién nada ha provocado. Son los que combaten la injusticia, esté donde esté. No son santos, ni son perfectos y mucho menos caballeros de la ambigüedad que representa el bien o el mal. Existen también los que no tienen lucha más que

la perversión, de una curiosidad enferma, cuyo perpetuo objetivo es deslindar a todo y a todos de un origen divino, cercenando cualquier recuerdo o memoria de la tradición que recuerde el por qué de un todo, una cosmovisión...

Paró un momento para ver a su alrededor, con apuro y paranoia que inundaban el ambiente.

– ...Y después estamos nosotros, sin afiliación alguna, pasajeros en el universo, nuestra trascendencia se remonta a lo más efímero, somos los guardianes de las puertas aunque no lo sepas.

Interrumpí con vehemencia: –¿Yo qué, o yo por qué?

Sonrí con debilidad: –¿Has visto cuán vacíos están tus ojos? Esa incomodidad que te abrumba, por no saber a dónde perteneces en este pequeño mundo. La primera vez que yo supe que era uno más de esos entes sin alma y sin procedencia, fue de vuelta en mi hogar a los catorce años. Tuve un sueño donde sentí que me desprendía de mi cuerpo y podía verme, pero de pronto más allá de mi cuerpo todo se oscureció, cada vez me elevaba más en la dirección que yo quería, es como si hubiera sabido cómo suspenderme desde que nací. Pero entre tanta belleza y desconcierto al mismo tiempo, sentí que mi aura se perturbaba, un miedo feroz me arrebató todo sentimiento y es que sentí una reverberaciones muy graves que desarticulaban mi ser. Comencé a gritar, pero me parece que en ese plano los sonidos no se emiten con las cuerdas vocales, sino que brotan del alma. Fueron mis mismos gritos los que me devolvieron a mi cuerpo y me puse a investigar al respecto, encontré en una venta de artículos usados un antiguo manuscrito en latín en Plovdiv, en Bul...

Llegó un hombre detrás y le cortó el cuello, a mí me empujó y me acuchilló tres veces en el pecho. Casi morí, me dijo el doctor en turno, un milagro como suelen explicar los que no saben lo que realmente hacen, pero me internaron y desde aquí te mando esta carta, esperando me puedas comentar todo lo que sabes al respecto, o compartir conmigo alguna bibliografía o quizá algún indicio sobre dónde debo comenzar mi búsqueda.

Con mucho cariño y a la espera de buenas noticias por tu parte,

Arnold Aitken

Laguna emocional

Después de que falleciera su mejor amigo, también lo hizo ese sentimiento de desdén y de diversión, se sumergió en una lucha antagonista por su autodestrucción, pero no fue en vano.

Se metió en su mente y encontró algo que no había visto en años, su personalidad, hela ahí, tan serena e intacta. Tomó un lápiz y se fue. Llegó a un parque, una pequeña laguna, una banca y le pareció preciso sentarse. Pensó, analizó su vida, esos segundos que duran horas, mirando cómo la nada se convertía en otra nada totalmente distinta, y el cerebro hace chispa, ese momento donde dos pensamientos se revuelcan, cogen y hacen una idea.

Arrancó la mano de un bolsillo y hurgó en el resto de ellos en busca de algo con que escribir, su lápiz. Voluble y mordaz escribió sobre una servilleta vieja y un poco jodida:

La gente cambia, no porque quiere pero porque se ve obligada y doblegada por el dolor.

Mínimo de eso me enteré yo, después de que la encontrara flotando en mi laguna.

Tomo un hondo respiro, y con esa bocanada de aire contemplo el nuevamente, para su sorpresa, esta vez la nada, se convirtió en un increíble atardecer, una puesta de sol en el valle.

Un extraño ocupó la banca del lado, sin mirar a los costados se apuró a escribir en su libreta como si estuviera escribiendo una carta de despedida y a punto de morir de un cese respiratorio que le haría cerrar la tráquea, comenzar a ahogarse, tener convulsiones en la mismísima banca en la que se encontraba sentado y pasar desapercibido por todo el mundo, todos menos aquél con quien compartía la banca del costado, eso y las ardillas chacoteras del árbol detrás suyo a unos cuantos metros. Pero no, él no escribía, el hacía el acto textual con su libreta, hacía llover puntos, acentos y letras, hacía que sus oraciones iluminaran como relámpagos en medio de su turbulenta tormenta mental, sus párrafos hacía vibrar las hojas cuales truenos. No pasó un largo rato, antes de que notara la presencia del afligido chico de luto. Intrigado, se le acercó tímidamente y con cautela. En lo que él pensó fue una forma cordial de presentarse.

—Tú no eres de por acá. ¿Qué haces acá?

El joven, sin mayor molestia, le comentó lo sucedido. Sorprendido y sin saber qué decir, preguntó por el lápiz que tenía en mano, el joven le mostró la servilleta y le explicó sobre su fugaz sentimiento de encuentro con su interior.

Empático y un poco nostálgico, el escritor le mostró su cuaderno de igual manera y dijo:

–Ese sentimiento tuyo, de conexión espiritual, es sólo un hilo; sin ningún afán de hacer un meollo del asunto.

–Yo vengo acá desde hace mil setecientos cuarenta y un días. Primero fue mi novia, después fue mi vida, mis sueños, le siguió la enfermedad de mi padre y más recientemente la sobredosis de mi hermano. Ese hilo tuyo, lo vengo trabajando desde años ya, lo convertí en una cadena, una corta y pesada cadena que une mi espíritu con mis más cruentas anécdotas.

El chico preguntó con cierto desconcierto: –¿Entonces sientes esta basura todos los días, cada mañana, cada noche de tu vida?

A lo que correspondió: –Esa basura, esa presión, es dolor, es el flagelo de un profundo remordimiento que únicamente sentirás al principio, la marca de la adicción, después uno ya no siente nada, pero estás sumergido en la mierda más absoluta de la depresión, con una tonelada que te mantiene en inmersión y el autosabotaje.

Sin más que decir, ambos miraron al frente, pensando en lo dicho y en lo que se va a decir, y por última vez el escritor le aseguró:

–...Pero , ¿sabes qué? Prefiero mil veces ser adicto al dolor y poder reflexionar, que distraerme con el nihilismo embobador actual que te mantiene ocupado con situaciones superfluas.

En paz, se levantó, le dio una palmada y un suave agarrón en el hombro al chico, el cuál le devolvió una mirada insegura con una media sonrisa, y el escritor se marchó.

–El chico estuvo ahí un rato más, hasta que finalmente se dignó a retirarse tras ver la hora, pero no sin antes hacer de sus reflexiones un bollo y tirarlo lo más lejos que la servilleta le permitiera (no muy lejos) y flotó un momento, hasta que lo confundí con comida y lo picoteé y lo picoteé mientras aleteaba y lo abrí, y descubrí el suceso –dijo el Pato.

Un día sin vista

Es extraño, salí al supermercado después de un buen rato de aislamiento. Hoy a diferencia del resto de aquellos mil años en que decidí aislarme de la mierda que me rodea día con día, preferí no llevar mis auriculares para no desprenderme del mundo, simplemente tomé mi abrigo, sonaron dos de las siete pesadas cerraduras de la puerta de mi apartamento en el primer piso, nada extravagante ni fuera de lo cotidiano. Fue un pequeño sentimiento de apuro el que me hizo bajar los escalones de lado y a un paso un tanto acelerado. Fue entonces cuando se agudizó mi sentir. Si me hubiera preguntado en ese momento que cómo me sentí, definitivamente habría tenido la osadía de calificarle de extático ¿pero qué digo? Si apenas fue el principio de un largo camino. Decidí cerrar los ojos y sentir cómo en el piso se ponía un pie delante del otro con cierta entonación y falta de balance. Presioné el código para abrir uno de dos portones eléctricos, uno, uno, uno, llave, dos, cinco, ocho, cero, nada complicado, tres veces el primer número y después la columna del numeral, un *bip*, emitía este aparatito cada vez que apretaba un número y le siguió un asqueroso grueso, grave y largo zumbido que indicaba que podía abrir la puerta. Mientras más me adentraba a pensar en los sonidos urbanos más bellos, les oía, por más que trataba de desasociarlos con aquellos vulgares filmes modernos, con tendencias e ideas tan cortantes y prepotentes, era lo único que se me venía a la cabeza y justo en ese momento de asociación de películas arrogantes, el clásico silbido de los frenos del transporte público, que llevan ya rato largo sin aceitar, cuaja la idea de una realidad completamente basada en una rotoscopía de los pasos de este individuo por las aceras de una ciudad más, mientras los sonidos que ofrece esta urbe asedian una mente en completa armonía.

Tras pasar ese autobús, la calle realmente estaba tranquila, ni un alma, claro, el frío como navajazos, increíblemente frío pero placentero, sin embargo no es extraño y sé que sabes de qué estoy hablando. La calma que corre por el cuerpo no hace nada sino crecer, escucho cómo mis zapatillas dan un pequeño golpeteo con cada paso que doy, dan cierta sensación de confianza pero más allá de pequeños golpeteos, siento el ruido de la fricción, se raspa la suela con la basura y la tierra que hay en los tabiques que recubren la vereda, además de restos de hielo, hay agua en el camino, con cada paso, un pequeño crujir invade cada milímetro de la suela, hasta que llega el momento en que la meditación se ve partida en dos por

unos desconsiderados conductores que no controlan su pie en el acelerador, haciendo rugir sus espantosas masacotas metálicas y su frenético frenar al súbito tornar de luz de siga, a la luz de pare. Sus gomas contra el asfalto hacen un chillido tan molesto, que es inevitable que media cuadra se de vuelta a mirarle, inclusive la gente, desde algunas de las ventanas de los departamentos aledaños, abren sus cortinas y persianas para ver porqué tanto alboroto.

Claro que su luz roja, es luz verde para el peatón que está a mi lado, así que sin más distracciones continuo mi camino cruzando la calle y volviéndome a concentrar, esta vez llego al punto justo en el momento en que un joven, de quizá unos veinte años, me rebasa para no ir a una velocidad más alta que la mía por la vía de los transeúntes, sino, más bien para ir a la misma pero adelante, no le di mayor importancia al gesto aunque me desquició el *clic, clac* de sus zapatos, tenía unos zapatos marrones, con la mitad inferior de la suela negra, mientras más avanzaba, más y más me llamaba la atención el *clic clac* de sus zapatos, hasta el momento en que me di cuenta que el sonido que salía del zapato derecho era más hueco, más... más entero, que el sonido que salía de su zapato izquierdo, que era más sencillo, más burdo y coloquial, y mientras prestaba atención a esta diferencia tan particular no pude evitar pensar qué sería lo que provocaba dicha observación *bizarre*. Aleatoria de entre tantas cosas, ¿sería acaso que tengo algo mal con mis oídos? ¿Estará cansado de caminar y por eso no camina bien? ¿Tendrán sus zapatos algún problema? ¿Algún zapatero habrá hecho un trabajo no muy bueno?, arrojándome preguntas banales, directas, pero inútiles.

Y así continuó hasta que llegué a la tercera cuadra y me entró en la cabeza que había caminado la última cuadra sin tenerle adelante y seguí preguntándome al respecto. Me paré en alto de los peatones y escuché el ronronear de los motores en alto al lado mío, mientras los motores hacían sus revoluciones, no hacía falta levantar la vista para poder ver el panorama citadino que me rodeaba. Los ruidos pintaban las imágenes más claras y hermosas, de lado a lado, inclusive los silenciosos ladrillos de las paredes que sostenían las majestuosas torres de cerámica tenían algo que decir. Cuando emprendí nuevamente mi camino para cruzar la calle de las tan largas cuadras, noté cómo se podía oír el batir de las alas de las gaviotas que volaban por encima de los edificios. Sus plumas golpeando el aire, desafiando los vientos, se podía oír la imperiosa parvada que se acercaba de lo que me parecía era de noroeste a sudeste. No a más de diez pasos me encontré con un par de palomas peleando por unas migajas de pan con sus tercas aleteadas tratando de ponerse una delante de la otra, haciendo su

típico arrullo. Me tomó dos cuerdas y doce minutos más entender que ya había cincelado una escultura mental en decibeles y que era momento de volver a casa con los ojos bien abiertos.

Manifiesto abierto a la antropofagia.

Nosotros tenemos una granja de humanos. Sé que es una muy bizarra forma de empezar una conversación, pero así es. Francamente no tenemos nada de qué avergonzarnos, ni mi familia ni mis vecinos, ni yo. Somos juzgados severamente por personas que se atreven a decir que nuestro *estilo de vida* es un pecado, es ilegal o incluso hasta altivamente *contra natura*. ¿Quién les ha dado la batuta para designar *su estilo de vida* como *el estilo de vida*? Les es muy sencillo erguirse y mirar con ojos de desaprobación a todo aquello que en su vida ha sido completa ignorancia y desconocimiento.

Tal como usted, tenemos raciocinio, juicio, educación y una serie de atributos que pretendemos nos den la capacidad de emitir una opinión sobre algo que va más allá de nuestro ente. En fin, no pretendo dar clases de ética a un montón de pueriles, impúdicos y drogadictos con aversión a la tradición.

Disculpará usted lector si las costumbres del siguiente manifiesto le llegan a ofender, note que no tengo ninguna pretensión de difundir mis afines gastronómicos con cualquiera y que si este documento llegase a estar en manos de dicho cualquiera en un lugar recóndito, es probable que nos hayamos ido y adoptado una nueva máscara para evitar el lacerante yugo de la culpa que impone su visión occidental de *cultura*.

Sin más vueltas, la realidad que aqueja al mundo es la sobrepoblación, no importa si se trata de una sobrepoblación de langostas o de humanos. Hoy es de humanos y hoy nosotros tenemos la solución.

Mas, ¿por qué carne? Y es que los cortes de carne humana son, *hmm*, un tanto peculiares. Cuando se busca compararlo con algún otro tipo de ganado para entender de qué se trata, es fácil asemejarlo con la carne de bovino en la mayoría del cuerpo por su contenido cárnico y la fuerza de la misma, tanto en sabor como textura, no obstante hay partes que se asemejan a la carne porcina debido al alto contenido graso. Cuando queremos un buen corte de carne humana es cuál otro tipo de carne, se busca que sea un corte recubierto de grasa, parcialmente claro y también hay gustos. La carne que ha hecho mucho ejercicio es dura y gomosa, mientras que la carne que ha reposado es más tierna y jugosa. Por ello es altamente recomendable tener un ganado humano con poca actividad física, no nula, puesto que conllevaría a otros

problemas, tanto de salud como de producción y eso bajaría la calidad de la carne, aunque la calidad no es lo que buscamos, nos gusta comer bien.

En lo que respecta a los órganos, hay dos partes que no se comen; en la cabeza, cuando abrimos el cráneo, es importantísimo que removamos todo el cerebro, absolutamente todo, éste es un órgano que fácilmente puede portar enfermedades y cualquier trozo que entre en contacto con lo comestible puede acarrear patógenos que desarrollan enfermedades de degeneración neuronal. También debemos ubicarnos en el cuello, y allí abrimos la tráquea y removemos desde la lengua, foco indiscutible de bacterias de toda índole. El cerebro y la lengua son la cicuta del cuerpo, aunque eso no es ningún secreto.

En lo que respecta a los órganos del tronco, podemos utilizar prácticamente todo. El estómago es genial para hacer rellenos, tiene mucha elasticidad y además es gomoso. Al momento de masticarlo, su textura es fantástica, excelente para hacer mil platillos. Mi abuela tenía una forma estupenda de preparar estómago relleno, lamentablemente nunca le pedí la receta pero básicamente se prepara del siguiente modo:

Se agarran unos 750 gramos de relleno, bien sea de carnes (corazón, pulmón, hígado, etc.) o de verduras (brócoli, col, zanahorias, etc.). El relleno debe ser picado en trozos muy pequeños después de haber hervido por 3 horas. A esta mezcla se le deben agregar: avena horneada y cebolla picada en conjunto con especias, el romero, el tomillo y el clavo le dan un sazón peculiar y resaltan mucho el sabor del corazón. Una vez mezclados todos estos ingredientes, bañar un poco con los jugos de la carne anteriormente picada y agregar sebo al gusto, esto debe hacer una masa que no se desarme. Una vez hecho esto, debe secarse con un repasador e introducirse en el estómago, el cual debe cerrarse con un par de cordones a cada lado y darle forma de salchicha al embutido y hervir por una hora y media.

Y listo para disfrutarse. ¡Bon appetite!

Los cortes más abundantes de carne en el cuerpo masculino son el abdomen, los bíceps y los pectorales. Son los que tienen mayor radio de carne. Por alguna razón la carne de los trapecios y de los dorsales es un tanto más gomosa, no es mala, sin embargo se sugiere comer este tipo de carne deshebrada. Facilita tanto su cocción como su deglución.

La parte inferior del cuerpo es otra historia, ¡todo es delicioso y hay cortes tan gruesos que hacen agua a la boca con sólo mencionarlos! Es un tanto controvertido, pero definitivamente mi parte preferida del cuerpo son los cuádriceps, contrario a muchos aquí que dicen que son los glúteos por su equilibrio de carne y grasa. ¡Pero qué lío es cercenar la nalga! Borbotones de sangre, es realmente un problema cuando se ponen los cuchillos en manos inadecuadas. Cercenar un glúteo es de la más intrépidas operaciones, una vez que se pasa la capa lipídica del glúteo interno se corre el riesgo de cortar la arteria que pasa a la pierna.

En las mujeres, la calidad de carne es mucho mejor, pero hay menos carne, además de tener varios cúmulos lipídicos, que de ser evitados, se consiguen buenos cortes. Por lo general no comemos a las mujeres hasta que cumplen con su ciclo de maternidad, que es de unos cuatro o cinco niños. Esto es porque también nos gusta beber la leche materna, es fantástica. Es mucho más rica y tiene más nutrientes que la leche bovina. Es un poco más ácida definitivamente pero su sabor es verdaderamente único. El ingenio del hombre es curioso, tenemos un destilado de la leche materna, realmente fabuloso. Un trago de eso es una trompada en la cara. ¿Graduación alcohólica? Incierta.

Los niños, no son problema. Cada año bisiesto se hace un banquete de *Paedernalia*, Comemos a todos los niños que tengan cumplidos los cuatro años. Hacemos un fogón elíptico y les atamos unas maderas en forma de T. Se les abre del plexo solar al ombligo, se dejan caer las vísceras en una bandeja y se espera la cocción.

Nada acá puede quedar desperdiciado ¿Qué clase de personas seríamos si llenáramos basurales, pilas enteras de desperdicios sólo porque no queremos algo? Sólo porque no lo podemos ver, no significa que no esté ahí, como las pilas de excremento que atiborran las afueras de las ciudades tercermundistas, plásticos que kilométricamente comen el océano o putrescibles amontonados que califican como orgánicos sólo para limpiar un poco la culpa de la mugre que generan día con día y se vuelven focos de enfermedades. Inconscientes.

La sangre es otra delicia el cuerpo, que en promedio tiene cinco litros de sangre y los nutrientes que posee hacen que sea una verdadera pena desperdiciarle. Para la recolección de la sangre usamos palanganas donde evitamos que entre en contacto con cualquier otra sustancia. Después, se separa en un recipiente alterno en la cual se hará la cocción para que se pueda ingerir sin problemas. En este proceso la sangre se espesa un poco por la pérdida de

agua, después se pone en una moldecitos y se congela hasta el momento de su consumo. Es una delicia el caldo de sangre con cebolla refrita.

Ahora bien, el lector que ha carecido de la perspicacia para leer entre líneas seguro se pregunta sobre la sangre menstrual. Cada luna nueva bañamos la cara de un individuo del ganado masculino con sangre menstrual cocida para incrementar su producción hormonal, particularmente de la testosterona. Al llegar la luna llena removemos un testículo el cual es molido y servido crudo junto con el resto de la comida.

El sombrero que tengo puesto es de un curtido de cuero atado con tendones. Es realmente una maravilla lo que se puede hacer cuando uno dispone de pocos recursos pero abundante creatividad.

Es más, permítame que le ilustre un poco más sobre cómo curtimos acá: en la parte de afuera podemos ver un par de silos que están encima del establo subterráneo. El silo de la izquierda, un poco menos herrumbrado que el de su costado, tiene la orina del ganado. Aunque retomando el curtido, utilizamos la orina por su compuesto ácido pero no corrosivo para que ayude a soltar los restos de grasa y los pelos de la piel, después se deja secar por dos semanas y se sumerge en una solución salina que facilitará que el cuero deje de podrirse y se pueda manejar. Posteriormente, con un cuchillo o algún metal, se raspa una cubierta que le queda encima. Después de que ha reposado de ese proceso, se la empapa de vinagre, que debe impregnarse muy bien, para que el cuero se conserve y no se descomponga más adelante. Un dato curioso que descubrimos al empezar con esta práctica es que no podemos rasurar la piel en vez de sumergirla en orina, porque una vez que se sumerge en la solución salina que cierra los poros, debilita el cuero y continúa creciendo unos cuantos milímetros más, dando como resultado una textura irregular y desagradable para usar. Las orejas son algo que no utilizamos, son muy complicadas de curtir y trabajar.

Prueba y error, en esta comunidad lo descubrimos todo de esta forma. Es hermoso ver atrás y notar cuánto hemos progresado.

Cuando les enseñamos talabartería a los jóvenes como uno de los oficios de la comunidad, suelen hacer cosas bellísimas. He visto muchas cosas impresionantes, sillas de montar, billeteras, juegos de mesa de madera recubiertos de cuero con tachuelas de bronce, verdaderas exquisiteces que en el occidentes volarían de los catálogos por su calidad y belleza.

Tenemos chicos realmente creativos.

Recuerdo hace unos años la cantidad de huesos que solíamos apilar o dárselos a los perros y cachorros, hasta que uno de los chicos empezó a pasar mucho tiempo alrededor del barril donde los guardábamos. Poco tiempo después se empezaron a sumar más chicos para jugar allí. Cuando nos dimos cuenta, los chicos usaban los huesos para tallar cosas. Las chicas hicieron peines para sus muñecas, un chico hizo una flauta de dos piezas y fue cuando nos empezamos a dar cuenta del potencial que tenían los huesos. ¡Creativos estos chicos, se los digo!

En mi experiencia, la talla de los dientes es complicada. Es de las estructuras óseas más concentradas, haciéndola extremadamente dura, pero tiene unos acabados más finos que la porcelana alemana. ¡Deberían ver las preciosuras que se han tallado en dientes el verano pasado! Mientras que podemos usar los otros huesos dependiendo de sus características, usualmente hacemos talla de peines, trabas para el cabello, empuñaduras para cubiertos, con la parte más dura del hueso, pequeños detalles que requieren dureza de trato en general. Sin embargo, la parte más esponjosa de los huesos fue lo que más trabajo nos costó reutilizar, pero como todo en la vida, se resolvió. Resulta ser que la parte porosa del hueso se puede utilizar como un excelente filtro fino, lo usamos para el café y para la pulpa de los jugos. He de admitir que un buen café costarricense no sabe igual si no se pasa por el cuerpo esponjoso del hueso. Le acentúa el sabor, aunque el aroma se percibe un poco mermado.

El otro silo, que está encima del establo, tiene las aguas fecales. Con ellas hacemos una solución de un tercio de estiércol, un tercio de composta, un tercio de tierra para elaborar el alimento del ganado.

A veces no quieren comer y es comprensible, el estilo de vida que llevan no es agradable pero no todos podemos ser lobos en este mundo de ovejas. El asunto se pone un poco tosco en esos casos y hay que licuar su comida y metérselas a la fuerza por un embudo. Los nervios les hacen vomitar o sangrar, de verdad es un desastre cuando eso pasa, mas *si quieren azul celeste que les cueste*.

Además hay ciertas costumbres que jamás se deben irrespetar, son tradición. Como la Paedernalia, por ejemplo. Son las bases y fundamentos de cada sociedad a través del tiempo y si bien son construcciones sociales, como algunos podrían argumentar, no podemos descartar el desarrollo espiritual y mental que ejercen las costumbres sobre los pueblos. Ahora bien, lo culinario es uno de los innumerables aspectos etnoculturales. ¿Alguna vez habrá visto

como preparan la carne bovina en el pueblo hebreo? Le rebanan el cuello mientras el animal aún está vivo y esperan a que se desangre. Se le conoce como el *Shojet*, donde se realiza un corte que debe ir de la carótida a la yugular por encima de la epiglotis. Esta práctica es fundamental para ellos y si no se hace de ese modo, la carne no puede ser consumida. Entre mi gente, tenemos un rito similar, donde removemos sólo lo que comeremos, es decir que si queremos comer carne de muslo únicamente tomaremos la pierna y sanaremos al ganado y no se consumirá de esa cabeza en particular en los seis meses consiguientes con el afán de que la pérdida de sangre, estrés y el tiempo no hagan estragos con el sabor de la carne que produce el ganado. No hay nada más frustrante que comer carne ácida —¡realmente se siente el sabor a miedo!— cuando se estuvo cuidando por un par de años. Una vez consumidas las cuatro extremidades principales finalmente cercenamos de tajo por el cuello, la cabeza. La precisión de las incisiones, las curaciones, las operaciones, son realmente envidia de la comunidad médica.

No somos un pueblo muy distinto a otros, no somos una cultura muy distinta a otras, somos una especie de religión, quizá. Fundamentamos nuestra existencia en los azares de la naturaleza y por ello la elogiamos y veneramos, como lo hace la mayoría a través de seres superiores o con filosofías autopreservativas. Nuestras tradiciones y ritos giran en torno a nuestra devoción por la naturaleza y de ella nace nuestra necesidad de sacrificar y consumir el ganado homínido. A raíz de ello nuestra *congregación*, por ponerle un nombre, recae en una idea global, en la tan reciente pero milenaria idea de la ecología. Nuestras prácticas explotan en su totalidad el cuerpo del ganado, utilizamos su piel para vestir, para fabricar muebles y para aislar nuestros hogares, utilizamos su cabello para rellenar almohadones, colchones y peluches, utilizamos sus huesos y dientes para fabricar herramientas, instrumentos musicales o incluso para fabricar arte.

Además procuramos alimentar a nuestro ganado homínido únicamente con comida orgánica y cien por ciento vegana. Nuestro ecologismo extremo, nos sitúa en la posición de ser los reformadores del mundo. Somos los filtros de la escoria social. El homínido como un cáncer dentro de la naturaleza debe ser contrarrestado y nosotros nos presentamos con este manifiesto como el cáncer del cáncer.

Como podrá notar, apreciado lector, esta última doctrina tiene origen en el pueblo errante y es que aunque no tenemos certeza de cómo o cuándo comenzó, podemos aseverar que nació como principio único de disminuir la cantidad de gente y aumentar la calidad de la misma.

La carne es carne, venga de donde venga. Nos manifestamos actualmente a favor de la reducción masiva de homínidos alrededor del mundo a través de nuestro terrorismo ecológico.

Redactaba tranquilamente en la sala de interrogatorio de una estación de policía un tal don nadie.

Pájaro negro

Después de ese negro momento. Uno de esos momentos oscuros y vergonzosos, creo que ya sabes de cuáles te hablo. El momento más vergonzoso que he vivido desde que tengo memoria, aunque lo mismo digo de cada una de las eventualidades que tengo.

Rodeado por un ejército de árboles, una manta rosada de cielo, y un infinito de tierra con parches de pasto, miré rápido de frente, sonrojado, para asegurarme que nadie hubiera presenciado mi vergüenza. No había nadie. Igual voltee a mis costados, y nada. Me di la vuelta, tampoco. «*¡Pero qué alivio!*», pensé. Se soltaron los plomos y me sentí libre como una pluma. Ese sensacional cambio, de una rugosa y pesada piedra, a dar vueltas libre como una sencilla pelusa.

No pasó mucho tiempo hasta que me cambiaron esa sensación de alivio por un asqueroso escalofrío que recorrió mi cuerpo. Dos penetrantes clavos en mi nuca, perforando y perforando. Sabía que eran dos ojos, pero no sabía de dónde, me sumí en una seca paranoia que redujo mi mundo, al instante se me nubló la vista. Giré abruptamente en todas las direcciones posibles, buscando todo y buscando nada. Me derrumbé en la tierra derrotado, sufriendo me abalancé sobre mis pesares. Rodeado por altos árboles, cada uno con su más individual personalidad, y escuché un pequeño aleteo, sorprendido por no haberlo visto antes, torné mi mirada a lo alto, y he ahí, sabía que alguien conocía mi secreto, lo que quedaba de mi mundo derrumbado se hizo trizas.

Cinco cartas inconclusas que jamás te mandé

Epístolas inconclusas I.

Espuma de café que tienes entre los labios, mi desayuno de todos los días. Tus ojos de cuarzo cristalino, miran con soberbia y misticismo. Tu mirada, esa mirada gélida e impenetrable cargada de una angustia y amargura que sólo los seres más dañados pueden ver. Tú, tan distante que me tiras y haces que mis alas de concreto se agrietan y se rompan al chocar con tu realidad dura como el pavimento. Entonces, sólo así como cada uno tiene su anestesia; para unos la dipsomanía para otros la ludopatía, para mí es acariciar cada una de estas hojas con la punta de mi lápiz. Acá, postrado frente a ti, declaro iniciada la hoguera de las vanidades para rendirme a tu obscuro fulgor.

Epístolas Inconclusas II.

Déjame ser el faro de tu fragata en medio del ojo del huracán. Quiero ser los clavos que reparen cada una de tus imperfecciones, la brea que te salve en la jadeante humedad, la vela que te aliente y te empuje más allá de lo que nadie ha llegado jamás, ser la única tripulación de tu navío y salvarte de futuras tormentas. Y si decidieses partir de nuevo a la mar, no te hundirás porque allá, en lo vasto del océano, terminarás por encontrar a otros faros, igual de dichosos de poderte ayudar.

Epístolas inconclusas III.

Debo confesar que hoy me siento enajenado por la truculenta versión de amor que me mostraste; lo fugaz de tu amor, lo efímero de tu querer. No sé si fue más fuerte que una tempestad o tan débil como una garúa. Lo único que tengo por seguro es que la confusión que generó tu costumbre por mí, esa que llamabas amor, esa carroñera confusión, no me hará uno más de esos malparidos que desayunan odio por las mañanas, que comen y meriendan rabia, que cenan, cenan y vuelven a cenar recuerdos de cada una de las mujeres que les devoraron el espíritu.

Epístolas inconclusas IV.

Tus ojos ahora negros, quemados de falsas esperanzas. Chamuscados, tu iris y pupila fusionados en una perforante obsidiana. Tajante obsidiana entre perlas que caen desde tus mejillas por la desilusión. Tus ojos, bellísimas piezas escultóricas, talladas, labradas, cinceladas a la perfección. Hoy brotan esas perlas por cada decepción. Los que no tienen tacto dirán *ella es tan sólo piedra tallada*. Estás ya perdida como Argiope, infectada por el amargor de tu veneno. Como Orfeo *ploro* a la orilla del río, añorándote. Despidiéndome.

Epístolas inconclusas V.

Me enseñaste muchas cosas; me enseñaste a amar hasta que me sangrasen los brazos de tanto abrazar, me enseñaste a besar hasta que me reventasen los labios de tanto afecto en cada beso, me enseñaste a volar tan alto como Ícaro y que el sol quemase mis alas, me enseñaste a llorar como si los ríos necesitasen de mis lágrimas. ¡...Ay, cuánto me enseñaste!, y sin embargo la lección más importante que me diste es: jamás amar como sólo tú supiste amar. Un atemporal gracias es lo que resta.

¿Qué me preguntarás?

Una vez más, me encuentro atontado, sentado en el piso, agarrándome de un bajo banquillo para no desplomarme. Todo me estremece, mi cabeza palpita con una náusea eterna. Estoy en el rincón más oscuro del lugar, pero una lámpara cónica me alcanza de algún modo la espalda, y puedo verme en el suelo. Mi silueta, mi otro yo. Por alguna extraña razón empecé a conversar, al principio eran sólo murmullos que no tenía ganas de escuchar, pensando que era tan sólo mi ebriedad, después de todo, lo último que quería escuchar era un parloteo incesante e inconsistente mientras mis ojos no podían ni enfocar, pero esa voz, era una voz dura, no estaba muy gastada o ronca pero tampoco era muy chillona, un poco monótona, aunque con facilidad me interesó lo que tenía que decir, que era algo como:

– ...así no todo es...

Y me perdí en sus palabras, hasta que volví a agarrarle el hilo.

– ...la balanza de la voluntad y nuestro poder sobre...

Nuevamente todo se me puso borroso hasta que conseguí oírle otra vez, esta vez ya le presté la atención que correspondía.

– ...y bueno, mi vida no tiene nada de original, pero sin embargo me gusta. Tiene ese algo, esa falta de preocupación, a diferencia de muchos, vivo con desdén constante, he llegado a encontrarle el gusto, a tal grado que me parece formidable.

La atención que presto a cada uno de mis pasos, la forma en que cada pie se pone delante del otro, el sonido del pantalón rozándose y la presión de estos viejos zapatos contra el tan firme asfalto. Cuando camino, me veo en la lejanía y en la proximidad, miro para arriba y ahí está, ese foco de vapor de sodio, una luz incandescente que se disipa volviéndose pobre conforme llueve su camino hasta cada rincón de la calle. Me parecería algo tan bello si tuviera tiempo para contemplarlo, la forma en que ofusca las estrellas y, tras tres pares de pasos, puedo ver la belleza cósmica una vez más. Estoy encaminado en una dirección totalmente arbitraria, no la conozco pero como el siervo más fiel, me encomiendo a mi maleabilidad, con un íntimo sentimiento de placer de ir a lo desconocido. Después de todo, ¿qué es lo peor que puede pasar? Si al final, las miradas se me abalanzan como esquirlas de una granada, pero ni una se atreve a siquiera a fijarse en mí.

A veces me siento atrapado, como si intentase salir. Ese mismo sentir como cuando estás del otro lado del espejo, lo tocas y no puedes salir, justo así estoy ahora. Si no me equivoco el origen de ese sentimiento está en el interior de mis sentidos, mi falta de autoridad sobre ellos, ¿o será la exaltación de los mismos? Toco a la puerta a ver si puedo hacer algo, si quizás puedo descansar, pero tal como una marioneta, siempre sigo el pulso de alguien más.

Pero de nuevo, mentiría si alguna vez dijera que no es la vida que me gusta. No soy cualquiera, a pesar de ser tan común, tan corriente y compartir esos rasgos generales, la mayoría se dice voluble o bipolar, pero ¿yo?, yo me mantengo al borde de la simpleza. Yo soy monocromático y unidimensional en el más amplio sentido de ambas palabras.

¿Has sentido ese intenso aroma que desprende un buen café en la mañana, ese que te despierta casi instantáneamente, ese sabor que tienes en la lengua sin siquiera haberle dado el primer sorbo? Yo no, pero he oído cosas maravillosas como esas.

El día es algo que disfruto bastante, cuando tengo la oportunidad de darme una vuelta por el parque y deslizarme por los verdes pastos, es fantástico, también es bastante agradable ver la discutible bella jungla de concreto, me hace sentirme extasiado, puedo imaginarme ir tan alto como un edificio o ir a tan bajo como las profundidades de un alcantarillado, al que por cierto debo decir que me encanta, más por lo obscuro que por cualquier otra cosa.

La obscuridad, qué cosa más bella, en general es mi máxima. Es el único lugar donde puedo ser realmente yo, donde el sol alcanza el cenit, alcanzo la felicidad en la obscuridad. La razón no es nada complicada, allí ya no existe nada, no hay entes, no hay materia, todos nos volvemos uno, un uno equivalente al infinito. No soy distinto de una deteriorada y tambaleante mesa de madera. Tampoco lo eres tú.

Soy solo una fabricación de la luz, soy etéreo, soy como aquel quisquilloso concepto que nunca puedes definir, que tras horas de divagación no puedes comprender, o a lo sumo no puedes organizar en tu cabeza, y explayarlo a un tercero, sería demencial. Inexistente y la mayor parte del tiempo, ni siquiera me notas, ignoras con tal facilidad que te acechan y te persiguen, es como si me considerarás una especie de guardián o protector, cuando es así no puedo evitar soltar una carcajada mental.

Quizás no sepas mucho de mí, mas yo de ti, lo sé todo, absolutamente todo. Francamente, si fuera tangible te aseguro que me tendría miedo. Sin embargo tienes suerte, hoy has corrido con la fortuna de tu lado, al enterarte de que no soy más que la corrosión que toma cuerpo.

Soy un mal, un mal necesario que te persigue y acosa. No, no, no, aún no has perdido por completo la cabeza, al oírme sólo permites que profundicemos en conjunto como seres distintos que se complementan. Sí, soy peligroso, pero si me tratas con cuidado, puedo no ser mortal. Me es complicado tratar de explicar mi papel, así como para ti lo es desarrollarlo en tu cabeza pero en palabras que no tengan mayor peso que su placer gramatical; soy la putrefacción de tu persona, un cáncer, una gangrena, soy lo que más deseas que sea en tu desidia, puesto que para lograr reconstruirte de las violaciones a tu templo, lo debo primero incinerar, ¡demolerlo por completo! ver que las cenizas se las lleve el viento y se junten con la arena antes de siquiera pensar en poner el primer ladrillo nuevamente. Un ladrillo más resistente que el acero, que no se descomponga ante la aglutinada concurrencia, enfermiza y decadente. Y es por eso que soy tu corrosión, tu mal inminente, pero evidentemente, te procuro.

Ahora que me conoces, ¿qué me preguntarás?

8/IV/93

Hoy es ocho de abril de 1993, y ésta es la primera y última carta que escribiré al respecto.

A veces, después de despertarme, siento una terrible ansiedad, un miedo infundado que me carcome por dentro. Siento que mis tatuajes quieren huir de mi cuerpo, siento que la tinta estira los poros de mi piel, desesperados por escapar se aglomeran por salir al mismo tiempo; de mi pecho, de mi cuello, de mis hombros, de mis pantorrillas, se alzan al tacto de mi piel oscurecida por el sol. Protuberancias de una tinta temeraria que pretende desertar a este cuerpo sano. Parasitarios me arañan el interior, buscan ir a un cuerpo donde las ideas que plasman tengan valor, donde las ideas que plasman no se conviertan en monstruos. Me aterroriza, pero después me calmo, me reconforto con pensamientos divinos, y conforme se atenúan mi pavor y mi disgusto, también lo hacen las tumoraciones plagadas de un color tornasol.

No lo sé explicar, es extraño sentirme ajeno a mi propio cuerpo, creo que como los conceptos son moldeados con el tiempo, también quieren cambiar estos conceptos plasmados en tinta y es esa conciencia, esa frustración que arremete, es una enfermedad del siglo XX.

Soy un extraño para mí mismo. Así, con ese sentir, paso el resto del día viendo como soy una desgracia o una decepción para todos. Puedo pararme un minuto de mi área de trabajo, que es una pequeña oficina donde me dedico a ofrecer puntuaciones a páginas de internet –porque no hay lugar alguno donde me contraten cuando muestro mis antecedentes psiquiátricos– y voy directo al refrigerador, los alimentos, de verse perfectamente normales, se empiezan a pudrir en mi cara. Un bote de leche empieza a brotar crema por su abertura, unos quesos se llenan de un moho verdoso blancuzco.

Si quiero ver la televisión, de repente me convierto en parte del elenco y todos me insultan, aunque la apague, de algún modo aún escucho sus voces y la tengo que desconectar. Y sigue, sigue y sigue.

Aún de noche no tengo descanso. Me abruma un sentimiento de miradas intensas, es una sombra que me observa, se llama Bruno. Yo aseguraría que me cuida de noche. No tiene mucha forma pero es grande, robusto y lo cubre un pelaje más bien oscuro y tiene unos apagados ojos rojos, pero no como una luz, más bien es como una sustancia densa luminiscente.

Además, cuando apago la luz, hay un enano con una máscara de cebra debajo de mi cama. Como si fuera miembro de alguna tribu, tiene cicatrices a lo largo del cuerpo en patrones de líneas y puntos, su máscara tiene también patrones simétricos tribales y cual demoniaco ser, posee unos cordones largos y delgados que cuelgan como su crin de color cobrizo y se van oscureciendo conforme recorren su espalda. Desde que lo vi la primera vez no deja de acecharme. Ya no puedo dormir con las luces apagadas o él sale con su cuerpo semidesnudo y su máscara, quieto me mira y juega con mi cabeza. ¡Basta!

La gente suele catalogarme como un loco o específicamente un esquizofrénico, cuando afirmo que lo veo bajo mi cama cuando apago la luz o cuando no permito que ni un crudo rayo de luz atraviese las cortinas. Aunque según mis terapeutas no hay nadie ahí.

Yo todavía juro que están ahí, aunque tome mis pastillas, píldoras, grajeas, inyecciones, sus aletargantes discursos me marean y me dan náuseas, sus interminables libros de autoayuda, no importa cuál sea el cuerpo extraño que me introduzcan en sangre o mente, yo sé que son reales. Yo sé que están ahí.

Ellos me acechan, no sé qué es lo que quieren pero los veo desde que estuve en aquel Carnaval de Oruro en Bolivia. Estábamos en las afueras del pueblo, éramos quizá quince personas, muy peculiares la mayoría; un indio sin piernas que se arrastraba por el suelo, tenía la piel muy lastimada por el sol, no tenía los dientes del frente y tenía pocos pelos, pero muy largos y negros. También estaba un francés muy joven fotografiando las escenas, parecía que lo habían sacado del siglo pasado, pero tenía una interesante indumentaria para fotografiar. Estaba una mujer, ya anciana, vestida como chica de burlesque, tenía el cabello morado y un atuendo dorado muy llamativo. Era todo tan surreal, podíamos ver el carnaval mientras se desenvolvía. Y después estaba este enano que repartía ácidos, encima, cuando estaba por dármele, me miró fijamente a través de su máscara, me saltó y me dio una botella de ajeno, o al menos eso creo que era, por el verde de la bebida y el fuerte sabor. Tiró mi cabeza para atrás, abrió mi ojo y me puso unas gotas de ácido en el ojo, desde ese momento en adelante todo se fue para abajo. No recuerdo mucho al respecto, a veces trato de recordar y cuando lo hago probablemente estoy agregando piezas al rompecabezas que no corresponden.

Nunca volví a Bolivia. Sé que el enano no se quedó allá. Vive. Vive en un rincón muy oscuro de mi mente.

La última vez que lo vi me arrinconó. No mentiré, mientras luchaba por arrastrarme a la esquina de mi dormitorio, lloraba. Incluso llegué a orinarme. Soy un hombre grande ¿Por qué iba a mentir? Y después me pegó. ¿Qué adulto no iba a mentir?

Llevo 4.053 horas desde que dejé de doparme, contrario a lo que me lo sugirió el médico. Ese sociópata. Ese tipo está más desequilibrado que yo y cuándo pretendo preguntarle sobre sus problemas con afán de identificarme o sentirme más seguro, me evade y entiendo, es profesionalismo y todas esas insensateces de la vida, ¡pero por favor! ¿Con qué confianza puedo comentarle de mis problemas más íntimos a otro desequilibrado que está titulado en la locura, que me juzga en bata blanca mientras estudia la profundidad filosófica de los efectos psicológicos de un cocainómano judío? Sí, hablo de Freud.

Siempre supuse que no me casaría y hasta el día de hoy no me he equivocado. La vida pareciera más aburrida. Decidí no engañarme más. ¿Por qué me la voy a vivir sedado? Es selección natural dirían algunos.

Desde entonces me siento mucho mejor, pero escucho más voces, veo más cosas, —aunque ya no tengo los malestares— sin embargo, no hay desgracia más grande que camuflar las tristezas.

Cuando la gente cuenta sus historias, normalmente tienen una introducción, un nudo, un desenlace y siempre son demasiado extravagantes, pueden llegar a parecer mentiras, pero lo que estoy compartiendo es un poco más cruento, amorfo y mucho menos sofisticado.

Ayer ya no aguantaba más el no tener ningún sentir, por la mañana mirándome al espejo con esas profunda ojeras de tanto dormir, debo haber estado inconsciente al menos unas dieciocho horas al día, trataba de dormir de día pero si no lo lograba, hacía que estallara un avalancha de luces intensas donde fuese a pasar la noche, ya fuera en la mesa del living, en la cocina o en mi cama. A veces decidía dormir hecho una bolita encerrado en mi armario, seguro algún complejo maternal. Aun así tenía miedo de no dormir, porque fuere donde fuere, Bruno estaría allí, apareciéndose, cruzando dormitorios sin importarle absolutamente nada, ¡ni la luz! De verdad. Aún le temo.

Frente al espejo, no sentía cómo me afeitaba mientras pasaba la navaja por mi mentón, por mis mejillas. No sentía nada, entonces presioné con el afán de sentir al menos un poco de dolor y nada, veía correr la sangre y no sentí absolutamente nada.

De ningún lugar, abruptamente y sin pensarlo, estrellé mi frente contra el espejo haciéndolo añicos. Los pedazos de vidrio saltaron a todos lados, algunos trozos quedaron clavados profundamente en mi frente, en mis cejas. Nuevamente no sentí nada. Me sentí hueco, más de lo usual. Sabía que tenía pedazos incrustados en la cara y no podía ver nada por la sangre, y sin embargo, no sentía más que la ligereza de mi ser, mis pulmones inhalando y exhalando a un paso tan tranquilo, cual si estuviera meditando.

Con la cara hecha pedazos, decidí sentarme a tomar un café en la cocina, desangrarme, caer y quedarme ahí. No sé qué fue lo que me hizo desistir de la idea, que al día de hoy me hubiera parecido una cálida idea, para volver a los brazos de la mierda, pero lo que sí sé es que opté por ir a emergencias en el Hospital General. Me dijeron que no era grave aunque había perdido una cantidad considerable de sangre y bueno que también que estaba demente. Asumo que, jocosamente, por haber caminado hasta ahí con chorros de sangre brotando de la cara.

Estuve unas cuantas horas y partí. Decidí vagar por la calle con la cabeza y cara llena de vendajes.

En mi camino al otro lado de la ciudad encontré a un indigente, un vagabundo, un sin techo, como les quieras llamar a esas escorias. Como sea, a ese hombre, ¡muchas gracias! Hizo nacer algo en mí, renació mi espíritu, un sentimiento egoísta, pero salvaguardó mi esencia personal. A ese hombre, le entrego mi infinita gratitud.

Pese a que no puedo sentir, igual podría hacer que los demás sientan, ¡que ebullean sus emociones! exaltarles la felicidad, exacerbar sus tristezas.

El sentimiento que más extrañaba era el de dolor, una afección que al final, es la madre de todo lo bueno.

Lo miré fijamente con una sonrisa, era un negro de mierda sin ninguna emoción. Me extrañó que no estuviera intoxicado. Me miró y blasfemó enojado; creo que eso fue lo que cambió mi intención, Mi expresión se mantuvo alegre y así le lancé una patada a la cara, en mi vida había peleado con alguien que no fuera ilusorio o una imagen etérea e intangible, a las cuales no era fácil ganarles tampoco, pero este golpe realmente me sorprendió. Se lo asesté justo en la nariz, rápidamente se cubrió la cara mientras permanecía sentado y vi gotear sus manos ensangrentadas. Sentí euforia, adrenalina, sentí felicidad, no sé cómo describirlo. ¡Fue magnífico!, claro que tenía que abusar de este nuevo resurgir de mi sentir. Explotar el

por fin sentir mi cuerpo vibrar al son de los sentimientos. Entonces agarré un ladrillo que había en el suelo y lo golpeé en el cráneo, y lo golpeé y lo volví a golpear, lo seguí golpeando. Aun cuando cayó rendido al piso, desplomado, había bajado la guardia, cada golpe me hacía sentir mejor. Cuando dejó de defenderse el sentimiento empezó a ser cada vez menor, se desvaneció en el aire. Un charco de sangre se juntó debajo de su cabeza, pequeños hilos entre el hoyo que dejé en su cabeza se unían con el suelo, y la sangre corría más rápido por los surcos de los adoquines. Lo miré inocentemente con mi sonrisa ya borrada, miré alrededor y no había ni un alma, el vago no había soltado ni un gemido. Bañado en su sangre me fui de ahí.

Me sentía extasiado y aliviado al mismo tiempo, pero también pensaba que no era suficiente y que podía sentirme mejor, más fuerte. Tenía que hacerlo de nuevo.

Del primero nunca supe más, la policía no dijo nada, qué raro ¿no?, supongo que hice mi parte de servicio comunitario al hacer añicos al don nadie, ese.

Cuando eufórico llegué a mi casa, no planeaba nada, absolutamente nada. Abrí la puerta y ahí estaban Bruno y el enano. Les iba a plantar cara, a decirles que se fueran de mi casa, que se fueran de mi vida pero tan pronto empecé a hacer una mueca saltaron sobre mí, contentos y con muchos comentarios positivos, me abrazaron y todo el asunto, me puse feliz aunque aún un poco temeroso. Ese sentimiento de inclusión, ser parte de un grupo fue lo que más me animó a seguir haciendo lo que acababa de hacer. Uno no lo pensaría, pero pese a su pequeña estatura el enano tenía unas ideas muy grandes, bastante románticas al respecto, quería limpiar las calles de la podredumbre que las hacinaban: prostitutas, drogadictos, violadores, ladrones, vándalos y demás.

Me quité las vendas de la cara, ya no era yo. Tenía una máscara de cuero cubierta de puntadas. Fue un golpe duro a mi personalidad.

Como plumas, la inseguridad, la timidez y los pocos restos que quedaron de humanidad, se desprendieron a la velocidad en la que las llamas consumían el cigarrillo que posé en mi boca. Tomé un último aire del cigarrillo, profundo, hasta que las cenizas cedieron a su peso. Me puse un traje y aunque éste lucía impecable, yo estaba debajo de ese disfraz de ser humano, más allá de mi desaliñada persona, de pelos grasosos, manos callosas y mugrientas. Estaba ahí, inmerso, fingiendo ser otro tú, otro él, otro yo. Por primera vez me acompañaron afuera, mis compañeros. Mis amigos.

Caminamos imponentes, mentón alto, yo en medio. Empujábamos a la gente que no nos dejaba pasar, les tirábamos el dedo medio y muecas raras a quienes nos miraban con disgusto. Pasadas las horas, la gente iba disminuyendo y los devotos de la degeneración empezaban a congregarse, desfiles de travestidos, piaras de prostitutas, jaurías de drogadictos. Éste era mi cúmulo divino, yo pertenezco acá, soy la estrella negra de la constelación.

Nos sentamos los tres en la vereda, un grupo verdaderamente diverso, ver al enano enmascarado a un costado y al otro, a Bruno, una amorfa criatura alta y robusta. No ingerimos nada, no tomamos nada. Sonábamos varillas de metal contra el suelo y la pared con un desentono tétrico.

Un vago pasó frente a nosotros, mirábamos cómo lo hacía, con los ojos a media asta, con actitud de superioridad y nos alzamos justo detrás de él, le seguimos tres pasos más y lo tiramos de su sucia ropa contra el suelo, lo golpeamos, lo pateamos, le clavamos las varillas, en el tórax, fue ahí que empezó a dificultársele respirar, del abdomen brotó una pequeña fuente de sangre fugaz. En el ojo, gritó como nunca en su vida, y lloró las lágrimas que de ningún otro modo saldrían.

Las patadas llovían sobre ese hombre cuyo único crimen era no rezarle al dinero. En su boca con dientes triturados, posé mi zapato, el hombre ya no se movía y empecé a saltar sobre su cabeza.

Bañados en sangre los tres compartimos inocentes sonrisas de niños.

Antatomía

Sobre las narices

Las narices son como pequeños obeliscos, jactanciosos trofeos de la victoria del carácter sobre el ego. Sencillamente basta con mirar pequeños detalles de la nariz para saber qué clase de carácter se carga una persona.

En las narices, como todo en la vida, se basa su raíz. Esa pequeña cavidad entre el ceño y el hueso nasal. Hay cavidades muy profundas y sabias, como también las hay toscas, donde no hay cavidad alguna. Hay dorsos nasales que son largos y monótonos, y también los hay efímeros como su longitud. Hay anchas e indomables, como delgadas casi tirándole a enclenques. Pueden de igual forma ser convexas y egoístas, cóncavas y sumisas o completamente llanas e insípidas. Tampoco olvidemos que la punta de la nariz, como la raíz, dice más que el abismo mismo de los ojos, y sin mentir, como suelen hacerlo algunos desvirtuados iris más que otros. En cuanto a las narices, las hay de todas, abultadas, respingadas, aguileñas, boxeadoras o cocainómanas. En lo personal prefiero las narices llenas de cartílagos, llenas de curvas, formas y redondeles. En pocas palabras, llenas de vida.

Una nariz te puede hablar del raquíptico carácter de una persona o de su torpe valentía. Te puede contar historias que ni el mismo portador sabe de sí. Por eso, querido lector, es que nunca usted deberá enamorarse de una nariz amorfa. Puede ser una nariz chueca, una nariz rota e incluso una falta de nariz, pero por lo que más quiera, no se enamore de una nariz sin amor propio.

Sobre las manos

Las manos son un par de radares que cablean el mundo tangible. Humildes historiadoras listas para relatar cualquier anécdota intrascendente. Pequeñas soplonas, listas para delatar.

Las manos gritan cuando son de dedos largos y delgados, gritan compasión, y cuando además son huesudas lloran por esa misma compasión. Las hay más rechonchas y de dedos cortos, torpes y carismáticas. Las hay pequeñas para los soñadores y las hay grandes para los pesimistas. Un hombre sin callos en las manos es como un serrucho con todos sus dientes. Sin callos, no han visto la gloria del esfuerzo y no han sentido la delicada seda enmendando sus heridas. Cada mujer tiene una gesticulación distinta con sus manos, pero si al gesticular

una mujer al gesticular no deja haces de luz tras las puntas de sus dedos, pierde cualquier indicio de belleza.

Estas, las manos que enraízan la física y la metafísica, pueden serlo todo, e independientemente de cómo sean, delatarán historias, visibles o enmascaradas. Personalmente las prefiero huesudas, grandes, de dedos largos que derrochen agonía, que cada vena sea el estrés de una pasión inconclusa. Así, querido lector, usted nunca deberá enamorarse de unas manos que no tengan cicatrices, quemaduras, manchas o erupciones, manos sin historias que contar. Podrá enamorarse de dedos chuecos, de uñas mordidas, de pulgares cortos y aburridos, pero por lo que más quiera, no se enamore de manos mudas.

Sobre las areolas y pezones

Las areolas son las rosetas del templo que se erige a Eros, coloridos cristales que salvan de las más desdichadas penumbras. Los pezones son aquellas pirámides donde está lo más mundano deseoso de salir y lo más mundano deseoso de entrar.

Las aureolas coquetean, su diámetro van proporcionalmente con la impulsividad de sus instintos, su arrebate por sensualidad. Su tonalidad se hilvana a la trivialidad erótica. Las hay arrugadas e hipersensibles, y las hay también tersas e ingenuas. Hay pezones lánguidos y tristes, también los hay estoicos y perennes. Un pezón que no se acompaña de lunares, de otras manchas a su alrededor habla de un pezón solitario. Eróticamente rezagado y en perpetua virginidad emocional. Todos los pezones están adornados con el rostro de la luna que los cuida, algunos tienen media luna y otros a la luna llena.

Las areolas son ventanas al sexo, los pezones pueden ser cúmulos de deseo, los hay rosados, rojizos, purpúreos, marrones y bordós. Sabor a soledad, sabor a gloria o insípidos como la personalidad, que invariablemente se empatan con los labios.

Pezones los hay payos o saturados, como las ganas de ser poseído y poseer. Los hay redondos y ovalados como la meticulosidad atrás de su sintonía sexual. Personalmente los prefiero, pequeños, payos y arrugados, que desborden intriga. Entonces querido lector, nunca deberá usted enamorarse de un par de pezones simétricos, que no puedan coronar un orgasmo con la dicha de haber vivido.

Sobre las espaldas

Me fascinan las espaldas que se abarrotan. Pueden protuberar músculos, pueden protuberar huesos. Pero si no está abarrotada de pecas o lunares es porque esa espalda no tiene alas. Cada peca es un sueño, cada lunar es una estrella, en ese finito mapa estelar.

De todo lo demás, aunque son fuertes predicciones, bien puede hacer caso omiso, sin embargo querido lector, si usted tiene planes de ir al Sol algún día, jamás se enamore de una mujer sin pecas o lunares en su espalda, porque, como con las falsas alas de Ícaro, usted caerá en picada.

El vago y la bolsa mágica

El viajero continuo que no para nunca. El viajero incesante que permanece fiel a una meta que no ha de llegar. El viajero sin casa, sin hogar y sin muecas, el que persiste en llegar a ningún lugar.

A lo lejos aparenta una harapienta masa, trapos agujereados de distintos colores, sus suéteres se han convertido en ponchos y sus pantalones en shorts para el verano. Pero a pesar de tener los pelos duros de un baño que no tiene memoria, él prefiere las largas caminatas donde no ha de pensar en qué comer, sino cuán lejos ha de llegar sin comer. Él prefiere sentarse a escuchar conversaciones ajenas y dilucidar su entretejida mente que perder el tiempo rogando por dinero, que sobra en el mundo, pero nunca decanta en sus manos. Es él, el caminante de estaño, el ciudadano de tercera clase. El caballero que monta su caballo de latas y botellas, bajo la luz de la luna, el que se cubre en su castillo de gacetas y cartón durante el día.

No importan las ampollas en sus pies, ni las quemaduras en su piel. Él lleva la bolsa mágica por doquier. Esa negra bolsa que posa en su carrito junto a sus tres perros; tres fieles perros, no importa si sus costillas tratan de rasgar su pelaje para escapar, ellos prefieren compartir ese medio pan con un héroe que lleva botellas vacías como medallas por cada batalla perdida.

Esa bolsa negra que descansa en su espalda mientras reposa después de escarbar en una mina de basura buscando el más mínimo signo de brillo que pueda iluminar su senda oscura. Esa bolsa negra que le hace compañía en las ventosas noches en un centro puritano donde la vida se la dan borrachos recreativos. Estupefacientes y enervantes que engrasan las bisagras a sus genitales. Las máscaras de moralidad esconden la recalcitrante realidad que está anodando a una juventud superflua e irreverente.

Él no es ningún extraño a los chismes. Él no es ningún extraño a las experiencias. Él no es ningún extraño para ningún extraño.

Salen de sus tabernas con la cara colorada, algunos de cara un poco más oscura salen más bien morados de sus mejillas, todos con la universal bandera de la embriaguez, cuelgan sus párpados a media asta. Colgados unos de los otros como si no supieran que la muralla que forman es tan débil como su parte más débil. Uno, más atrevido que el resto, alentado por el sentido de seguridad colectiva que da estar rodeado por una manada, se aproxima al

retozante anciano quien juega con su bolsa. Éste le lanza una moneda al viejo y le dice –Cómprate un juguete, o mejor un par de años menos.

El viejo, sin hacer mayor alharaca, toma la moneda y continúa jugando. A palabras necias oídos sordos. El joven, en su persistente necesidad de quedar bien entre sus trastocados congéneres, patea al viejo levemente para que pierda el equilibrio. Asustado, el viejo toma su bolsa y se retira mirando con mucho miedo a sus espaldas, sin cruzar la vista.

La bolsa creció.

La calurosa tarde pega al día siguiente, entre harapos, él se sienta al lado de la fuente, refrescándose con un poco de agua, la respuesta de la gente, siempre tan pertinente, es de asco y desaprobación. Por un agua que *ellos* jamás tocarían, agua que *ellos* jamás beberían. Porque si su agua no ha sido envasada, es tóxica. Pero todavía se sienten tan altos en el podio del juicio, listos para determinar quién puede y quién no puede postrar sus indignas manos en aguas que ellos jamás permitirían que bañe sus manos.

Agotado, después de una larga caminata, un curioso mochilero de morochos cabellos y jocoso acento le pregunta:

–Che ¿No tenés un pucho, viejo?

Al mismo tiempo que se sienta al costado. El anciano, sin hacer contacto visual, asiente la cabeza y rápidamente el mochilero dice:

–¿De verdad? Genial, ¡me salvaste la vida! ¿A ver?

Y saca un cigarrillo, hecho casi un bollo, roto, torcido, sucio y añoso. Sin exclamar más, lo toma se lo pone en la boca, y entre los labios suelta un:

–¿Y no tenés láser?

Saca una caja de fósforos y se los da. El mochilero le empieza a contar cómo está encantado con Querétaro, que le fascinan las chicas de esta ciudad. Es más, las tres noches anteriores estado cogiendo a diestra y siniestra en clubes nocturnos.

–Es que te hace hervir entero cuando se te acerca una morocha petisa –comenta con muecas irreverentes y gestos vulgares. Termina su intrascendente historia y se retira con los fósforos.

Pero la bolsa creció.

De ser puro oído, se lanza al suelo cuál saco de patatas. No se plantó contra su cartón, no se plantó más que su cara contra el suelo, mirando el mundo dado vuelta a la esquina de una desolada callejuela. Empieza a aullar en un intermitente delirio innato.

Nadie pasa por esa calle, sólo un perro ciego, ladrándole a la nada y aunque no sé mucho de etología podría jurar que rogaba por las migas de algún patán. De la nada, un auto que va a ochenta kilómetros por hora sobre un empedrado, habitualmente colmado de gente, creyendo que al doblar la velocidad permitida, dividiría el tiempo de arribo, sin cuantificar la infinidad de semáforos. Un bólido metálico cubierto por un mítico manto de una Virgen que lo cuida día y noche, con las plegarias de una madre que no puede dormir hasta que su hijo no llega a su casa y le reza, y le llora, y le pide. A la vez aparece una familia otomí volviendo de haber vendido un miserable centro de mesa, que encima de haber sido regateado fue pagado con un billete falso. Sollozando, la madre lleva a su nena de la mano y a su hijo de unos doce años que carga la mercancía. Con espíritu de héroe, el chilpayate de no más de un metro, se abalanza contra el perro en afán de rescatarle. La más alta condecoración de una gesta victoriosa son las cicatrices de raspones y mordeduras de un perro ingrato.

Y la bolsa creció.

Él ha visto mucho, chicas saliendo del bachillerato seguidas por motonetas hasta una calle de tierra donde son violadas por más de un familiar, por chicos del mismo bachiller o incluso por los policías mismos. Todos los canallas salen impunes en estos tiempos de cobardes y medios hombres.

Él ha visto a niños de tan sólo quince años compartiendo jeringas en vez de compartir sueños.

Él ha visto cómo ancianos millonarios pagan unos cuantos miles en las colonias más pobres para saciar sus degeneraciones pedófilas y homosexuales. Ha visto cómo madres, con tal de comprar otra *piedra*, pasan de taxi en taxi con las manos, senos, boca y vagina barnizados en vergüenza.

Él conoce de acoso sexual, de maltrato animal, de corrupción y de degeneración, lo que él no conoce es de desesperación o derrota.

El mártir de los sueños caducos, guardián de las anécdotas olvidadas. Es un viejo podrido, hediondo e invisible a los ojos de una sociedad que no tiene nada más de valor que un poco de tiempo. Egotría al dos por uno, oferta en el occidente. Prepotencia insípida, ultrajo de

nuestros colonizadores analfabetos. El mártir que ha envejecido por historias que aún no suceden, payador de sordas melodías.

Hoy se encuentra tirado en la calle de Pino Suárez, mientras el resto de los indigentes comienza su errante navegar, él yace sobre su cartón ido de este plano por un feroz invierno, *Mater Caelestis* enseña a vivir y a morir sin piedad. Un tesoro se esconde en su posición fetal, que pasaría desapercibido por todos menos por un paramédico, un chico que de verdad se molestó en revisar los signos vitales del difunto vagabundo, sin ningún prejuicio y con verdadera vocación.

Un pedacito de su cartón arrancado con la mano y escrito con un diminuto lápiz:

Perpetuamos memorias propias, somos anecdóticas trascendencias, cada uno de nosotros. Botamos al olvido, a veces ingenuamente, otras veces inconscientemente, y sin embargo hay seres que efímeramente cruzan tu hebra de luz en este foco de vida y rememoran tu esencia; te conjugan en folclore moderno que yace entre las arrugas de cada ser, lo suficientemente viejo para vivirlo, verlo, oírlo, sentirlo, escucharlo o saborearlo.